

# EL LABERINTO

PERIODICO UNIVERSAL.



#### SUSCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 56.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 4.º TOMO II.—DOMINGO 15 DE DICIEMBRE DE 1844.

La redaccion está en la calle de la Manzana núm. 15 cuarto bajo.—El correo franco de porte.

#### SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino correspondientes de la casa.

#### RESUMEN.

**Biografía, D. Gaspar Melchor de Jove Llanos**, por D. José Amador de los Ríos.—**Mujeres en Grecia; Sapho**, por D. Camilo Alonso Valdespino.—**Un viaje á las provincias Vascongadas, artículo tercero**, por D. Antonio Flores.—**La flor de la esperanza (poesía)**, por D. L. Olona.—**Apuntes sobre la supresion de la Orden del Temple en la corona de Aragón, artículo tercero y último**, por D. Patricio de la Escosura.—**Comisiones de monumentos históricos y artísticos**, por D. G. T.—**El alcaide de Antequera, romance histórico**, por don C. R. de Arellano.—**Revista de la Quincena**, por D. Antonio Flores.

#### BIOGRAFIA.

##### D. GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS.

**E**sa historia, ese gran libro en cuyas dimensiones caben todos los pueblos y todas las épocas, animados unos y otras con sus propios sentimientos y colores; ese sublime monumento erigido por el presente á lo pasado, como una esperanza del porvenir, ofrece de cuando en cuando en sus páginas, como otros tantos valerosos atletas que vienen á combatir por la causa de la humanidad, hombres á quienes sus contemporáneos presentan la palma del martirio, y para quienes la posteridad guarda una corona, cuyos gloriosos resplandores crecen con el transcurso de los siglos. Ni los abusos, cuya constante práctica nos hace ya invulnerables, ni la oposicion de intereses respetados por las leyes, ni los odios, ni las amenazas, ni las persecuciones, en fin, son bastantes á hacerles titubear ni á separarlos un punto de su propósito. Pero como la humanidad y la providencia exigen de esas lumbreras sacrificios diferentes, porque son diferentes las épocas en que brillan y diverso tambien el espíritu de los tiempos,



esos hombres siguen á veces opuestos caminos para obtener los mismos resultados: para unos vale mas el esplendor de los laureles guerreros y se arrojan al estruendo de las armas y derraman entre el humo de los cañones nuevos gérmenes de vida; para otros la pacífica oliva luce con mas pureza, y poseidos de un amor profundo hacia sus semejantes no perdonan medio alguno para mejorar su suerte, ni

la gloria propia, los que mediten que la de los primeros es como el sol de un día, y que el nombre de las ciencias se escucha siempre sin espanto, esos no abrigarán un momento semejante duda, como no la abrigamos nosotros.—La heroicidad del innovador, la constancia del mártir, hallan muchas mas simpatías entre los hombres que los triunfos del guerrero, si bien se celebren en nombre de la humanidad sus ovaciones.—Por esta razon oímos siempre con profundo respeto el de D. Gaspar Melchor de Jove Llanos, gloria de Asturias y honor de la toga española; por esta razon al contemplarle desafiando y combatiendo inveterados abusos, abriendo las zanjás á saludables reformas, creando la educacion del pueblo, y siempre perseguido y siempre constante, no podemos menos de rendirle el homenaje de nuestra admiracion, lamentando que no hubiera podido llevar á cabo la obra comenzada por Aranda y Campomanes.

Nació Jove Llanos en la villa de Jijon en enero de 1744, y fueron sus padres D. Francisco Gregorio Jove Llanos, regidor y alférez mayor de aquel consejo, y doña Francisca Apolinaria Jove, hija del marqués de San Esteban del Puerto. Agoviados con la costosa educacion que habian dado á los tres hermanos mayores, pensaron en dedicarlo á la carrera eclesiástica, é hicieronle estudiar latinidad en Jijon, enviándole despues á Oviedo para que cursara filosofía. Enseñábase á la sazón en aquella universidad la filosofía escolástica, y dióse tan buena traza para comprender aquel intrincado laberinto de silogismos y conclusiones, que atrajo sobre sí la atencion general, logrando que el obispo de aquella diócesis se le aficionara grandemente, consurándole para que obtuviese un beneficio en San Bartolomé de Nava.—Trasladado al poco tiempo á la universidad de Avila, comenzó allí el estudio de las leyes y cánones, distinguiéndose entre todos sus discípulos por su aplicacion y prematuro talento; y la misma buena suerte que habia tenido en Jijon le cupo en esta ciudad.—Era su obispo D. Romualdo Velarde y Cienfuegos, el cual observando las brillantes dotes de Jove Llanos, le alentó vivamente para



que prosiguiera sus estudios, y le agració en 1761 con un beneficio en Navalperal, y en 1763 con otro en Horejada.—Graduóse al cabo de bachiller y licenciado, y con el favor del benéfico obispo, alcanzó una beca canonista en el colegio de San Ildefonso de Alcalá de Henares, á donde pasó en 1764, cuando contaba solamente veinte años.

Dos permaneció en este colegio, contrayendo en él amistad estrecha con D. Juan Arias de Saavedra, graduándose de bachiller en cánones, substituyendo las cátedras de *Sexto y Decretales*, y haciendo otros ejercicios en que manifestó grandes conocimientos y erudición en la jurisprudencia.—Estaba acaso vacante la canongía doctoral de la iglesia de Tuy, cuando salió Jovellanos de Alcalá y formó el proyecto de hacer oposicion á ella; llevado de este deseo fué á Madrid con el objeto de abastecerse de cartas de recomendacion, como requisito indispensable para dar cabo á semejante empresa. Pero Jove Llanos no habia nacido para canónigo. Don Juan Arias de Saavedra y los marqueses de Casa-Tremañes, sus primos, trataron de disuadirle de aquella idea, y para apartarlo de ella enteramente, interpusieron su influjo con la cámara de Castilla, logrando que fuera nombrado en 1767 alcalde de la Cuadra de la audiencia de Sevilla.—Antes de partir á tomar posesion de tan honroso destino, quiso D. Gaspar dar el último abrazo á sus ancianos padres, y emprendió un viaje á Asturias con este objeto, dando la vuelta al poco tiempo y dirigiéndose á la capital de Andalucía, en donde comenzaban entonces á revivir las letras de su penoso letargo.—Presentóse, antes de encaminarse á aquella ciudad, al conde de Aranda para recibir sus órdenes; y aquel ilustrado repúblico, que vió en el jóven magistrado algo mas que un simple juriconsulto, que adivinó su talento, no pudo menos de acogerle con el mayor agrado, diciéndole al despedirlo estas palabras:—Supongo que Vd. estará ya prevenido de su blondo pelucon para encasquetársele como los demás golillas?.. Pues no señor: no se corte Vd. el pelo: yo se lo mando. Haga que se lo ricen en la espalda como á los ministros del parlamento de París, y comience á desterrar tales zaleas, que en nada contribuyen al decoro y dignidad de la toga. «Estas palabras, que para otro hombre nada hubieran significado, fueron para Jove Llanos, en boca del primer ministro de Carlos III, la señal que habia deseado oír hacia ya algunos años. Los dos innovadores se vieron frente á frente y se entendieron: Jove Llanos partió á los pocos dias para Sevilla.

El aspecto de aquella poblacion rica y populosa y su viaje por Andalucía despertaron en su ánimo nuevas ideas, y suministraron á su corazon inusitadas sensaciones. Jove Llanos contaba veinte y cuatro años, era de cuerpo airoso y proporcionado, de cabeza erguida, de color rubicundo, de ojos vivos y de noble continente. A su vista se habia desplegado el espectáculo de una naturaleza espléndida cobijada por un cielo bellísimo; se hallaba rodeado de un pueblo entusiasta y amigo del mérito; y el mismo genio que habia inspirado á Herrera y á Rioja, quiso tambien ceñir sus sienes con el laurel de Apolo. Desde el instante en que se presentó á prestar juramento despojado del blondo pelucon, que era el distintivo de sus compañeros, cautivó la atencion pública, siendo por muchos dias la fábula de la ciudad: murmuraban unos y aplaudian otros innovacion semejante; pero muy en breve tuvo imitadores.

A los siete años de haber sido nombrado alcalde, ascendió D. Gaspar á una plaza de oidor en la misma audiencia, por muerte del digno magistrado D. Pedro José Ramos. Instruido con suma diligencia durante aquel tiempo en la práctica forense, pensó en reformar sus estudios al asentarse en la silla de oidor, y comenzó esta reforma escribiendo un discurso en que dejaba ver sus grandes miras filosóficas y políticas, anatematizando los antiguos abusos, como perjudiciales á la marcha de la civilizacion. «Una nacion, escribia, que cultiva, trabaja, comercia, navega, que reforma sus antiguas instituciones y levanta otras nuevas; una nacion que se ilustra, que trata de mejorar su sistema político, necesita todos los dias de nuevas leyes; y la ciencia de que se deben tomar sus principios y el arte de hacerlos segun ellos, son del todo forasteros á nuestra comuni jurisprudencia.» Estas líneas que trazaba Jove Llanos des-

pues de haberse empapado en la lectura de los primeros repúblicos de Europa, despues de haber considerado la ciencia económica como la única capaz de promover la riqueza pública, manifiestan que habia conocido profundamente los arraigados errores de nuestra legislacion civil y los obstáculos que debian vencerse, antes de acometer decididamente su reforma.

Pero el hombre que habia nacido para combatir en tan glóriorio palenque, no podia retroceder á la primera prueba por terrible que esta fuese. No creyéndose con crédito ni con fuerzas suficientes para lidiar cuerpo á cuerpo con las preocupaciones añejas en el terreno del foro, recurrió á otro mas ameno y donde mas fácilmente podia ensayar la formidable arma de la critica. Escribió Jove Llanos el *Delincuente honrado* y puso á su cabeza las siguientes palabras: «Es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.» El pensamiento de este drama, en el cual se apartó de las reglas aristotélicas, dando un insigne ejemplo del buen romanticismo, que tanto se ha bastardeado despues, se encaminaba á probar que las leyes que aparecian en oposicion abierta con las costumbres y con la razon, lejos de producir el saludable efecto que el legislador se propusiera, hacian caer en descrédito su autoridad y eran de todo punto estériles. Asi fué que el *Delincuente honrado*, á pesar de la ojeriza con que le recibieron los dramaturgos de entonces, por haber quebrantado las reglas, obtuvo en todas partes un brillante éxito, siendo este triunfo tanto mas notable cuanto que era la primera comedia en prosa que se representaba en los teatros españoles con igual aplauso. Jove Llanos, cuyo amor patrio le hacia lamentar el azaroso estado de la república, no se dolia menos del que presentaban las letras. Noticioso de que habia en Salamanca quien intentaba restituir á las musas castellanas su antiguo lustre, no tardó en dirigirse á Fr. Diego Gonzalez, que se señalaba como imitador de Fr. Luis de Leon; y á D. Juan Melendez Valdés, cuya dulce lira resonaba ya con aplauso en las márgenes del Tormes. La correspondencia de estos ilustres escritores no pudo ser mas favorable para la literatura: Jove Llanos alentó con su ejemplo los esfuerzos de Gonzalez y de Melendez, y manos de en este volvió á producir la lira de Garcilaso los mas delicados sonos. Prolijo seria el hacer aqui una reseña mas detenida de las obras poéticas que en esta feliz época salieron de la pluma de Jovino. Baste saber que todos los momentos en que se veia libre de los graves cuidados de la magistratura, los consagraba á las bellas letras, y que el *Pelayo*, *Los españoles en Choluta*, tragedia que no concluyó, la traduccion del primer canto del *Paraíso perdido* de Milton, y otras producciones sueltas, como epístolas, idilios, sonetos y sátiras, elogiadas y conocidas de los inteligentes, se concibieron y escribieron en Sevilla.

Mas no fueron muy durables tan apacibles entretenimientos: en 3 de agosto de 1778 se le comunicó que habia sido nombrado alcalde de casa y corte, noticia que fué recibida con bastante sentimiento tanto por él como por sus numerosos amigos, y á los tres meses partió para Madrid, á donde llegó sin contratiempo alguno. Fué acogido en la capital con señaladas muestras de aprecio, y entre las personas que le brindaron con su amistad, D. Pedro Rodríguez Campomanes, fiscal entonces del Consejo y Cámara de Castilla, le ofreció su tertulia, que era concurrida de los mas distinguidos literatos y juriconsultos de la corte. Aceptó Jove Llanos gustosamente este obsequio, y á las pocas semanas de asistir á la casa de Campomanes habia ya contraído amistad estrecha con varios personajes, entre ellos con D. Francisco Cabarrús, cuyas relaciones le fueron mas adelante demasiado amargas y costosas. Aun no habia tenido tiempo para descansar del viaje, cuando se presentó á la Sociedad Económica Matritense, para darle las gracias por haberle nombrado socio de mérito y ofrecerle sus servicios: servicios, cuya importancia conocia ya la espresada corporacion por los proyectos planteados á su instancia por la de Sevilla, y por los beneficios que habia producido á la industria y á la agricultura, estableciendo escuelas patrióticas de hilaza, adquiriendo tornos y lino para la elaboracion, introduciendo un modo nuevo de podar los olivos y extraer el aceite, beneficiando las tierras y mejorando los ins-

trumentos agrarios. Tan grandes eran los deseos que le animaban por promover el desarrollo de la riqueza pública!

Habia ya algunos años que se instruía por el Consejo de Castilla un complicado expediente sobre la propiedad agricola; y deseando dictar una medida que acallase todas las quejas y pretensiones, cortando de raiz los abusos que existian sobre la materia, pidió informe el Consejo á la Sociedad económica matritense en 1784, para resolver con todo pulso lo mas conveniente. Nombró la Sociedad sin pérdida de tiempo una comision que se dedicara exclusivamente á este trabajo, y cupo á Jove Llanos la suerte de pertenecer á ella, mereciendo la confianza de sus compañeros para estender el mencionado informe. Era esta la ocasion de manifestar sus profundos conocimientos en la ciencia que habia sido el objeto favorito de sus estudios; era este el momento de aparecer grande á los ojos de Europa, y Jove Llanos no podia en manera alguna desaprovecharlo. Dedicóse, pues, á recoger cuantos documentos pudo haber á las manos; extrajo todos los autores extranjeros que habia leído sobre esta materia; pidió noticias locales á muchos sujetos instruidos de la peninsula; hizo multitud de apuntamientos de lo que él habia observado en sus viajes, y abastecido con tal copia de materiales, cuando en 1790 salió honestamente desterrado de Madrid, pudo dedicarse asiduamente á tan difícil tarea, logrando remitir á la Sociedad económica el *Informe* en 1794. El efecto que produjo la lectura de esta obra en aquella corporacion puede inferirse fácilmente por las singulares muestras de pública estimacion que dió á tan eminente literato; mandando imprimir en 1795 el *Informe*, y poniendo á su frente el nombre del autor, que fué recibido con general aprecio á despecho de sus encarnizados perseguidores. Jovellanos presentaba la historia de la agricultura española para deducir de ella importantes lecciones, para poner de manifiesto las incontestables razones que existian, no ya para crear leyes nuevas que viniesen á aumentar la balumba de las existentes, sino para derogar las antiguas, que ni estaban ya conformes con las costumbres, ni representaban mas que usurpados intereses. «Hasta la conquista de Toledo, decia, apenas se conoce otra agricultura que la de las provincias septentrionales. La del país llano de León y Castilla, expuesta á continuas incursiones de parte de los moros, se veia forzada á abrigarse en el con-torno de los castillos y lugares fuertes, y á preferir en la ganadería una riqueza movable y capaz de salvarse de los accidentes de la guerra. Despues que aquella conquista le hubo dado mas estabilidad y estension, á la otra parte del Guadarrama continuas agitaciones turbaron el cultivo y distrajeron los brazos que la conducian. La historia representa á nuestros solariegos, ya arrastrados en pos de sus señores á las grandes conquistas que recobraron los reinos de Jaen, Córdoba, Murcia y Sevilla hasta la mitad del siglo XIII, y ya volviendo unos contra otros las armas en las vergonzosas divisiones que suscitaban las priyanzas y las tutorias. Ciertamente es que conquistada Granada, reunidas tantas coronas y engrandecido el imperio español con el descubrimiento del nuevo mundo, empezó una época que pudo ser la mas favorable á la agricultura española, y es innegable que ella recibió mucha estension y grandes mejoras. Pero lejos de haberse removido entonces los estorbos que se oponian á la prosperidad, parece que la legislacion y la política se obstinaron en aumentarlos.» Y mas adelante añadia acerca de las condiciones que debian distinguir la nueva ley agraria. «A poco que se medite sobre esta materia, se conocerá que la agricultura se halla siempre en una natural tendencia hácia su perfeccion, que las leyes solo pueden favorecerla, animando esta tendencia: que este favor no tanto estriba en presentarle estímulos, como en remover los estorbos que retardan su progreso: en una palabra, que el único fin de las leyes respecto á la agricultura, debe ser proteger el interés de sus agentes, separando todos los obstáculos que pueden obstruir ó entorpecer su accion y movimiento.» Todo el *Informe* se halla sembrado de tan excelentes máximas, enderezadas á proclamar y defender la libertad de los cultivadores; en todo él se advierte reflejado el pensamiento capital que animaba á Jove Llanos de mejo-



rar la condicion de los españoles para lograr la perfeccion de sus costumbres.—El *Informe sobre la ley Agraria* es un monumento de gloria que eternizará el nombre de tan insigne jurisconsulto.

Hemos dicho que Jovellanos salió *honestamente* desterrado de la corte en 1790, y será necesario que volvamos atrás por algunos momentos para hacer una explicacion de estos hechos. Ocupábase D. Gaspar en los asuntos de su ministerio desempeñando las mas áridas comisiones que se le confiaban á satisfaccion del gobierno, cuando pasó á la Sociedad económica el expediente de la *Ley Agraria* y se le confió su despacho en la forma que hemos apuntado. Habíale nombrado la Academia de la Historia su individuo supernumerario, á propuesta de Campomanes, y era ya desde 1780 consejero de Ordenes, para lo cual se habia cruzado de caballero de la orden de Alcántara, académico honorario de san Fernando y supernumerario de la Española.—Deseoso el Consejo de Castilla de mejorar las costumbres del pueblo, pidió en 1786 informe á la Academia de la Historia sobre la reforma y mejor arreglo de los teatros y espectáculos públicos de España; y la Academia, que tenia irrecusables pruebas de la vasta erudicion del distinguido consejero, puso en él los ojos para dar cumplimiento á dicha orden, alcanzando que escribiera Jove Llanos la célebre *Memoria*, que, sobre estar llena de filosofía y de curiosas noticias de los demas espectáculos, puede reputarse por una historia del origen y progresos del teatro español.—Gozaba D. Gaspar tanto en el tribunal como en la corte de alto prestigio, por la solitud con que se prestaba á todo género de trabajos y el acierto con que los desempeñaba; pero la mala estrella que habia cobijado á la nacion española con la muerte de Carlos III, vino también á llenarle de amargos sinsabores.—Calientes estaban aun las cenizas de aquel buen rey, y ya se ensañaban los validos del nuevo monarca contra sus hechuras, persiguiéndolas furiosamente. Una de las víctimas elegidas era D. Francisco de Cabarrús: Jove Llanos, que se habia honrado con la amistad de este personaje, y que debia estar penetrado de su justificada conducta en los asuntos del Banco Nacional, salió naturalmente á su defensa para cumplir con aquellos dos deberes.—La caida del conde Cabarrús, debida á las calumnias del ministro Lerena, y al odio de la reina, arrastró también á D. Gaspar. Fué al cabo desterrado y volvió á su patria en setiembre del año referido, á los cuarenta y seis de su vida.

Aquí comienza, pues, la segunda época de las dos en que puede aquella dividirse. Desterrado á Gijón, llevando en su pecho el disgusto de la injusticia con que se le habia tratado, parecia natural que cayese en el abatimiento y desconfianza ya de sus propias fuerzas. Pero sucedió todo lo contrario. Su genio activo encontró nuevo campo en donde ensayarlas, apartado del tráfico impuro de la corte; y en los siete años que vivió en aquel retiro fueron tantos los trabajos que emprendió y llevó á cabo sobre diferentes materias, que apenas bastaria la vida de un hombre para meditarlos. Llamó, no obstante, su atencion mas vivamente la instruccion pública, como conocedor que era del grande atraso en que se veia aquella y de las inmensas ventajas que reportaria al país; y en los diversos planes de estudios que formó, y en los diálogos que escribió con este objeto, asentó multitud de principios luminosos y profundos, dignos en verdad de tan eminente filósofo. La perfeccion moral y la felicidad comun eran el norte á donde, en su sentir, debian encaminarse los esfuerzos de las ciencias, aplicadas á la educacion, y en este concepto aseguraba que debian consagrarse á aquel fin todas las luces de los hombres sabios. Era este el pensamiento que le animaba en todas sus obras; y cuando en uno de los diálogos mencionados llegaba al punto de examinar el plan general de estudios, resolvía la cuestion decidiendo que ninguno de los planes existentes era capaz de instruir sólidamente, deduciendo de aquí la necesidad de un nuevo sistema de enseñanza.—Para hacer prueba de estas doctrinas, cimentadas en sus constantes observaciones, apeló al Instituto asturiano, cuya creacion habia sido propuesta por él mismo en años anteriores, y los prósperos resultados que obtuvo, comprobaron la exactitud de ellas. Casi todos los naturales de aquella provincia que se han señalado despues por sus conocimientos, debie-

ron á aquel establecimiento su primera enseñanza.

Asi pasaba Jove Llanos su destierro, cumpliendo entretanto con otras comisiones del gobierno, entre las cuales eran del mayor interés la construccion de una carretera de Leon á Oviedo; la visita á las minas de carbon de piedra, situadas en Pola de Siero, Piñera, Mones, Sorribas, Langreo, Valdesoto y otros puntos de Asturias, cuyo beneficio y tráfico protegió con todas sus fuerzas, y el camino desde Oviedo á Gijón, siendo ademas esta villa objeto de su especial solicitud y cariño. Recorrió también para desempeñar varios encargos del gobierno las provincias de Leon, Zamora, Salamanca, Valladolid, Palencia, Burgos, Rioja, Santander y las tres Vascongadas; y en estos viajes, que hubieran sido tal vez para otros de poca utilidad, hizo importantes observaciones sobre los monumentos artísticos de la antigua España, designando las diferentes épocas y caracteres de la arquitectura con mucho acierto y filosofía; adquirió gran número de inscripciones y lápidas romanas; copió y extrajo muchos y muy curiosos documentos históricos de los archivos de Leon, Uclés, Salamanca, Oviedo, Tineo, Pajares, Lena, Caso, Pravia, Valdedios, Eslonza, Carrion, Burgos, Zamora, Castañeda, San Millán, Nájera, Guetaria, Ovila y de otras poblaciones; recogió infinitos apuntamientos respecto á la poblacion y al cultivo de las tierras, y finalmente no omitió medio alguno para formar una idea cierta del estado del país, investigando al mismo tiempo las causas que mas podian influir en el desarrollo del comercio y de la industria.

Cuatro años contaba ya de retiro, cuando recibió una real orden por la cual se aprobaba cuanto habia hecho para establecer el Instituto asturiano, manifestando al par que se tendrían presentes sus méritos y que serian debidamente recompensados. Recibió con gusto Jove Llanos esta orden por la aprobacion del Instituto, sin cuidarse mucho de la prometida recompensa, que vino á reducirse á comunicarle en 25 de noviembre de 1794 que se le habian conferido los honores de consejero de Castilla. «¡Brava cosa! esclamó D. Gaspar al recibir semejante noticia. Avergonzariame de haberla pretendido. ¿No pude haber tenido plaza en aquel consejo diez años ha?... Dicen que en atencion á los importantes servicios hechos aquí. Esto vale mas que ellos; pero mas que una recompensa tan vulgar valia mi honrada y noble desgracia. ¡Qué dicha para mi haber moderado mi ánimo para no pender de tales miserias!...» Exclamacion que ponía de manifiesto el desden con que recibía aquella distincion, y la amargura que abrigaba en su pecho, al verse tratado tan injustamente.

Pero los numerosos amigos que contaba en la corte Jovellanos, trocado ya algun tanto el aspecto de los negocios públicos, no desamparaban la idea de restituirlo á Madrid, alentados con el favor que habia vuelto á lograr el conde Cabarrús, grande amigo de D. Manuel Godoy, en cuyas manos estaban entonces los destinos de España. No creemos del caso el bosquejar aquí el cuadro que presentaba la capital de la monarquía en aquella época: encargada pluma mas diestra de la biografía de aquel famoso favorito, queremos dejarle intacto este terreno, para que pueda correr mas libre y desembarazada.—Baste saber para nuestro propósito que en 1797 recibió Don Gaspar un oficio firmado en san Ildefonso por el principe de la Paz, pidiéndole un informe sobre varios puntos de instruccion pública y de administracion, al cual no pudo contestar tan pronto como hubiera deseado, por hallarse en marcha para desempeñar en Vizcaya una comision secreta del gobierno. Aun no la habia terminado y hallábase en la Pola de Lena trabajando el informe que se le habia pedido, cuando el 16 de octubre del propio año vió entrar en su habitacion á su sobrino don Baltasar Cienfuegos, rebotando el rostro de alegría y precipitándose sobre él con los brazos abiertos. Estrañó Jove Llanos tan inesperada venida, y deshaciase en conjeturas para adivinar la causa de ella: pero conociéndolo su sobrino le manifestó que habia sido nombrado embajador cerca de la corte de Rusia.—Yo á Rusia!—esclamó, y en el mismo instante se le presentó un correo enviado por el administrador de Oviedo, el cual era portador de su nombramiento. Abrió don Gaspar con mano temblorosa el pliego en que aquel se contenia, y apenas acer-

taba á creer lo que estaba palmando. Continuó sin embargo estableciendo la línea de la carretera hasta Olaniego y tornó á los pocos dias á Gijón, donde entre los obsequios y aplausos de la muchedumbre se recibió el 13 de noviembre la noticia de haberle nombrado ministro de Gracia y Justicia, y partió á los dos dias de aquel pueblo, que le veneraba como á padre, pronunciando al subir en el coche estas palabras: «¡Dichoso si conservo el amor y opinion del público que pude ganar en la vida oscura y privada!»

Aunque desconocia Jove Llanos el estado de la corte, aunque ignoraba el género de privanza de que gozaba el principe de la Paz, acogió como un fatal presente semejantes distinciones; pero su patria exigía quizá de él tamaño sacrificio.—«Haré el bien: evitaré el mal que pueda», decia pensando en el martirio que se le preparaba. Llegó, por fin, á Guadarrama en donde lo esperaba ya su tierno amigo don Francisco Cabarrús, y enterado por este personaje del estado verdadero de las cosas, no pudo menos de estremecerse ante el abismo que veia abierto á sus plantas. Pero ya estaba echada su suerte y era imposible retroceder.—Presentóse á pocos dias en la corte; y por entre la astuta sonrisa de la reina, por entre el simulado afecto con que le recibió, conoció el nuevo ministro que estaban mal apagados en su corazon los antiguos odios.—El nombramiento de don Gaspar habia reanimado por otra parte la confianza pública: las corporaciones literarias, las universidades, los colegios y las diputaciones de corte de diferentes provincias se apresuraban á felicitarle y á felicitar al rey; y despertando estos inocentes festejos los celos del privado, fueron causa de que mirase á Jove Llanos desde aquel punto con ojeriza, la cual llegó á ensangrentarse muy en breve, viendo que no se prestaba á sus torcidos intentos.

Los consejos de Cabarrús habian elevado al poder al mismo tiempo á otro hombre honrado que se dolía amargamente del escandaloso estado de los negocios del reino.—Viéronse, pues, don Francisco de Saavedra y don Gaspar y pensaron de consuno en poner enmienda á semejantes desaciertos. Manifestaron al rey cuanto habia sobre tan árduo asunto, propusieronle los medios de contener la ruina próxima del Estado, y el confiado monarca comenzó á conocer el verdadero conflicto en que se hallaba, comunicándolo todo á la reina con tan poca prevision como cordura. Las esposiciones de ambos ministros pudieron sin embargo tanto en el ánimo de Carlos IV, que se halló Godoy en la precision de renunciar la secretaría de Estado, con harto sentimiento de la reina, que veia escapársele el poder de las manos. Jove Llanos y Saavedra pudieron haber acabado entonces con su privanza; pero no eran ingratos, y esta fué la causa de su caida. Poco tiempo se sostuvieron entrambos ministros contra los tiros de la calumnia: á Saavedra se le apartó del rey, pretestando la enfermedad que estaba padeciendo, y á Jove Llanos se le lanzó del ministerio, imputándole la nota de ateo y de herege.

Expidióse el 15 de agosto de 1798 el decreto de exoneracion, habiendo permanecido en el ministerio nueve meses y siete dias, época á la verdad demasiado breve, para esplanar los grandes proyectos que meditaba.—Pero el genio innovador de Jove Llanos no podia obscurecerse aun en medio de tantas tinieblas; la vindicacion de los derechos de la propiedad, que se veian atropellados; el amparo de los oprimidos; la proteccion de las artes, del comercio y de la industria, el libre fomento de la agricultura, y finalmente la promociion de la instruccion pública, cuyo proyecto era su ensueño de oro, fueron los puntos á donde se encaminó mas decididamente durante aquel corto tiempo. Trató de emprender la reforma de los estudios universitarios, que no estaban ya de acuerdo con los adelantamientos de las ciencias, y comenzó un expediente con este objeto, encabezándolo con una exposicion llena de oportunas observaciones, en la cual notaba que «repudiados los dos mas grandes ramos de la filosofía especulativa y práctica del antiguo plan de enseñanza, solo habia servido la «matemática de las universidades para hacer almanaques y su física para reducir á nada la materia «prima.»

Depuesto del ministerio, se le nombró por via de reparacion consejero de Estado; pero se le previno al



par que saliera inmediatamente para Asturias. Hizolo así Jovellanos y volvió á Jijón, contento con la idea de poderse dedicar enteramente á los trabajos del Instituto. Permaneció allí por el espacio de dos años, dando siempre irrefragables muestras de su gran talento y extenso saber, escribiendo varios discursos, entre los cuales debe llamar la atención de los literatos, el que formó sobre la *Historia de la Filosofía*, en donde el ministro ateo se expresaba en estos términos, al describir la divinidad: «Se inunda (el hombre) en esta fuente y se engolfa en estos puros sentimientos, que tanto realzan la gloria de la naturaleza, y la dignidad de la especie humana; y allí vé cómo se concedió al hombre el amor á la verdad, el respeto á la virtud y la íntima y religiosa veneración á la Divinidad, que desprendiéndole de todas las criaturas, le mueve y le fuerza á buscar solamente en el seno de su creador la causa y el fin de toda su existencia, y el principio de toda su felicidad.» Hé aquí la solemne respuesta que desde un rincón de Asturias daba el calumniado ministro á sus viles detractores.

Pero tenía aun que apurar las heces del amargo cáliz de las imposturas y las persecuciones: esparciéronse por Asturias algunos ejemplares del *Contrato Social* de Rousseau, impreso en Londres y traducido al castellano, en los cuales se hacía una mención honorífica del insigne Jovino; y deseando éste manifestar al gobierno que no tenía parte alguna en aquella circulación, escribió al ministro de Estado, dándole cuenta de semejante hecho. Contestósele que recogiese cuantos ejemplares hubiera á las manos, y amonestósele ágríamente que no dirigiera para en adelante ninguna comunicación á los ministros.—No esperaba Jove Llanos que tuviera este asunto ulteriores consecuencias, y recibió sin enojo tan desatenta orden.—En la madrugada del 13 de marzo de 1801, fue sin embargo, sorprendido en su lecho por el regente de la Audiencia de Asturias, que ocupando todos sus papeles y mandando sellar su librería, le condujo entre caballos á Leon, partiendo á los pocos días á Barcelona, en donde le embarcaron para Mallorca, llevándole á la Cartuja de Valdemuza, situada á tres leguas de Palma, capital de aquella isla.—Vivió en aquel santo retiro privado de toda comunicación, hasta el 5 de mayo del año próximo, en que fue trasladado al castillo de Bellver, asentado sobre un alto cerro en las inmediaciones de la capital referida; aumentándose inhumanamente los rigores que se le habían prodigado, y prohibiéndole el uso de papel, tinta, pluma y lápiz; orden que no pudo ejecutarse tan severamente como se había dictado.—Era la causa de tan apremiante reclusión el haber dirigido dos representaciones al rey, pidiéndole justicia, las cuales no llegaron á sus manos, porque se había negado á presentarle la primera el marqués de Valdecarzana, primo del oprimido Jove Llanos, y la segunda había caído en poder del terrible Marquina, al entrar en la corte don José Sampil, que venia decidido á presentarse á Carlos IV con aquel objeto.

Vergonzoso nos parece para el nombre español el recordar aquí hasta el punto que llevaron el odio y la bajeza los perseguidores del ilustre ex-ministro, á los cuales servia de ciego instrumento el ministro Caballero.—Supusieronse nuevas representaciones dirigidas al rey, para redoblar las vejaciones que sufría; negáronsele los auxilios mas necesarios para la conservación de su salud y la cura de sus enfermedades; y cuando en 1803 se vió amenazado de cataratas por la privación de luz y de ventilación en que le tenían, se le concedió por gracia especial que pudiera bañarse en el mar, á vista del paseo público de Portupi, sin ver que era esto insultar en la persona de un hombre como Jove Llanos á la humanidad entera.—Rehusó indignado semejante gracia, que solo podía servir para manifestar el envilecimiento de sus miserables enemigos; y merced á la filantropía de D. Juan Miguel de Vives, general de aquellas islas, se le permitió al cabo que en el siguiente verano se bañara en lugar mas retirado, si bien no se olvidaron las mas exquisitas precauciones para evitar la fuga de un anciano de sesenta años, debilitado por la inacción, casi ciego y agoviado por los padecimientos.—Pero la justicia, el honor, la humanidad, habían llegado á ser en la corte de España palabras vanas, y el inextinguible rencor de encumbrados personajes,

exigia que se negaran á Jove Llanos los derechos que las leyes conceden al último de los criminales.

Cualquiera diría, al escuchar esta brevisima relación, que Jove Llanos se había olvidado en medio de tantas dolencias de sus favoritas tareas, y que en los calabozos de Bellver se había apagado la antorcha de su genio.—Pero no sucedió así: Jove Llanos necesitaba de la meditación y del estudio como necesita el pez del agua y el ave del viento; y aunque desposeído de todos los medios, aunque vigilado constantemente pudo adquirir á favor de un buen religioso dos códices de los siglos XIV y XVI, de los cuales tradujo una *Geografía* escrita en latín por Raimundo Lulio, obra que bastaba á demostrar el gran talento de aquel filósofo que en el siglo XIII, en que toda Europa yacía en la ignorancia, levantaba á su nombre tantos y tan preciados monumentos.—Adquirió tambien otro códice autógrafo del arquitecto Juan de Herrera, y añadióle una erudita advertencia, rindiendo este tributo á tan

célebre ingenio; hizo doctas descripciones artísticas del castillo en que se le tenía aprisionado, de la Catedral, de los conventos de santo Domingo y san Francisco, del Consulado y de las Casas consistoriales de Palma; anotó la *Crónica de don Jaime el Conquistador*, rey que le merecía toda veneración y respeto; proyectó un *Diccionario de artistas* y una *Biblioteca de escritores baleares*; y se preparaba finalmente á emprender la *Historia de Mallorca*, para lo cual tenía hechos interesantes estudios, cuando en 1808 se le restituyó á la libertad por decreto del nuevo rey, fechado en Aranjuez el 22 de marzo.

Recibió don Gaspar esta nueva con mas desden que alegría, por los términos en que estaba concebido el decreto y venir firmado por Caballero; y después de haber recorrido y examinado el fértil suelo de aquella isla, notando el estado de su agricultura, de su industria, de su comercio, de su población y de sus costumbres, partió para la península del puerto



de Soler el 19 de mayo del referido año, no sin haber recibido las mayores muestras de aprecio de aquellos insulares.—A su llegada á Barcelona supo Jove Llanos, cuanto había acaecido en la corte de España el día 2 de aquel mismo mes, y se sintió poseído de la indignación mas profunda, al ver la alevosa conducta de los franceses, la poco meditada resolución de Fernando de ponerse en sus manos y el nombramiento de Murat para la regencia del reino.—Imposible le parecía que en tan corto tiempo hubieran acontecido tan graves trastornos, y deseoso de esconder su vergüenza en las montañas de Asturias, salió de la capital del Principado arrebatadamente. Pero aun le quedaban largas horas de prueba: aun tenía que exigirle España nuevos sacrificios, para pagarle con nuevas ingratitudes.—Hallábase en terrible conmoción Zaragoza al llegar á sus puertas el ilustre perseguido; y repitiéndose instantáneamente su nombre de boca en boca, se vió llevado entre las mayores aclamaciones á la presencia del bizarro caudillo, que había de unir

su nombre para siempre al de aquel pueblo heroico.—Palafox oyó á Jove Llanos como á un oráculo: convinieron entrambos en la necesidad de reunir los poderes de las provincias sin cabeza, fijando la unidad del gobierno, y surgió de esta conferencia la idea de convocar las cortes del reino, como el único recurso que restaba en tamaño apuro.—Pero ni los amistosos ruegos de Palafox, ni las aclamaciones de aquel pueblo pudieron apartarle de su primer propósito: continuó su viaje, dirigiéndose á Jadraque, para despedirse de su amigo Arias de Saavedra, que permanecía allí desde la época en que había sido desterrado por ser tan íntimo amigo de Jove Llanos; y llegado á aquel punto, en donde se creía seguro, formó el proyecto de pasar algunos días en el seno de la amistad, para reponerse de sus padecimientos. Cuánto se engañaba!... No bien había llegado á aquel retiro y ya el soberbio Murat, que se enseñoreaba de la capital de la monarquía, le mandaba presentarse en Madrid; Napoleon le ordenaba que



marchase á Asturias á sosegar á aquellos habitantes, y últimamente se le comunicaba que había sido nombrado ministro del intruso José.—Esquivó Jove Llanos tan inoportunos honores, dando á todo por pretesto su quebrantada salud, hasta que recibió la noticia de haber sido designado como individuo de la Junta central, que debía instalarse para repeler invasión tan injusta.—Sesenta y cinco años, debilitados por los mas amargos padecimientos, contaba al saber nueva semejante, y en aquel momento, creyendo que nada debía negar á su patria, sintió latir su corazón enflaquecido con la fuerza de un joven.—Voló á Madrid: asistió á la instalacion de la Junta central, celebrada en Aranjuez, renunció el sueldo que se le designaba como individuo de ella, y comenzó á trabajar para la reunion de las Cortes del reino, recordando cuanto había convenido con Palafox en Zaragoza. La nueva invasión de los franceses llevó la junta á Toledo, Talavera y Trujillo, en donde se disolvió para reunirse despues en Sevilla. En esta hermosa ciudad, teatro de sus primeros estudios, sintió don Gaspar renacer todas sus fuerzas y desempeñó tantos y tan difíciles trabajos, que prendado lord Holland de su prodigioso talento le hizo retratar en mármol para colocar su busto al lado del de su tío, el célebre Pitt.

Su principal conato era constituir un gobierno fuerte y respetado que salvase la independencia española. Nombrado individuo de la comision de Cortes, expuso con la mayoría de esta á la Junta central la urgencia de llevar á ejecucion la convocatoria, siguiendo la antigua y respetada usanza de nuestros mayores, y opinando que lejos de destruir la Constitución española como algunos pretendian, el principal empeño de los legisladores debería estribar en conservarla, si bien haciendo aquellas reformas que exigieran los adelantos de los tiempos.—No es esta la ocasion de manifestar lo que había de bueno y de malo en esta opinion, que respetada entonces por la Junta central, fué mas adelante desechada por otros poco expertos innovadores. Los acontecimientos ocurridos desde aquella época hasta la presente, prestan á nuestros lectores abundante materia, para que cada cual decida lo que mas cuadre á sus principios. Bástenos saber que Jove Llanos no descansó un punto ni en Sevilla ni en el puerto de Leon, á donde se trasladó á principios de enero de 1810 la Junta, logrando finalmente que quedase instalada la primera Regencia del reino el 31 del mismo mes, para lo cual había escrito un proyecto de reglamento, que fué aprobado, conteniéndose en él la cláusula especial de que se guardaran y cumplieran sus decretos solamente hasta la reunion de las Cortes que se hallaban convocadas.

Satisfecho don Gaspar del resultado de sus difíciles tareas y temeroso de las habillitas y calumnias que comenzaban ya á susurrarse contra los miembros de la Junta central, á los sesenta y siete años de edad y cuarenta y tres de distinguidos servicios, fatigado por el trabajo, pidió en 1.º de febrero, su retiro con el sueldo que la regencia se dignara señalarle, rogándole al mismo tiempo que pusiera á su cuidado las comisiones que había desempeñado antiguamente en Asturias.—Concediósele todo el sueldo de consejero de Estado, confiáronsele las referidas comisiones, desempeñadas siempre gratuitamente, y solo pensó Jove Llanos desde aquel momento en dirigirse á su patria para descansar de tantas fatigas.—«El plazo de diez y seis meses (dice en sus Memorias) en que yo concurrí al desempeño de sus funciones (de la Junta central) fué á la verdad breve en el tiempo pero largo en el trabajo, penoso por las contradicciones y peligros, y angustiado por el continuo y amargo sentimiento de que ni la intencion pura, ni la aplicacion mas árdua, ni el celo mas constante bastaban para librar á la patria de las desgracias que la afligieron en este periodo.» Asi bajaba á confundirse en la vida privada el que dos dias antes formaba parte del poder supremo.

Cundian entretanto las voces de que los miembros de la Junta central habían mirado mas por sus intereses que por los del Estado, y pedíase públicamente la prision de algunos, á la sazón en que Jove Llanos se hallaba ya á bordo de la fragata Cornelia, que debía darse á la vela para Galicia. Al saber don Gaspar acusacion semejante, irritado y ofendido

en lo mas vivo de su honra, determinó desmentir públicamente tan infamantes sospechas, desafiando por medio de un cartel á los calumniadores. Impidió la publicacion de este documento la Junta de gobierno de Cádiz y esta negativa dió motivo al vulgo malicioso para sospechar que Jove Llanos, el marqués de Campo-Sagrado, su amigo y compañero, y otros seis individuos de la disuelta Junta estaban arrestados en la referida fragata. Hallábase casualmente en la bahía un bergantin pronto á la vela para Asturias, y aprovechando los dos ilustres asturianos aquella ocasion favorable, les pareció que daban el mas solemne mentís á sus difamadores. Arrancaron, pues, del puerto el 26 de febrero y navegaron tres dias sin contratiempo alguno; pero arreciando en los siguientes el viento, se declaró en temporal, viéndose expuestos á naufragar á cada momento. Arribaron finalmente el 6 de marzo á Muros de Noya, villa asentada á la margen de la ria del propio nombre, en el reino de Galicia. Supo Jove Llanos al saltar en tierra que se habían apoderado los franceses de casi todo el Principado, y determinó permanecer en aquella villa hasta que su provincia se viera desalojada de opresores. Pero aun aquí vinieron á perseguirle nuevos infortunios: en la mañana del 25 de dicho mes se vió asaltado por un coronel que de orden de la Junta de la Coruña venia á reconocer y recoger sus papeles. Opúsose Jove Llanos á que se ejecutara orden tan arbitraria, y solo consintió en que se copiaran algunos; dirigiendo entretanto sus quejas á la regencia, con cuya autorizacion viajaba, y al capitán general de Galicia. Reconoció su error la Junta de la Coruña y mandó al coronel que restituyera los pasaportes y papeles recogidos.

Llegó á Muros en junio de 1811 la noticia de que había Asturias arrojado de su seno los franceses, y resolvióse D. Gaspar á partir para Gijón, recibiendo en el camino la acerba nueva de la muerte de su tierno amigo Arias de Saavedra. Entró en Gijón el 6 de agosto, siendo recibido con los títulos de *padre de la patria* y *bienhechor de aquella villa*, entre el estruendo de campanas y cañones, que hacian salva á su feliz llegada. Este triunfo, que fué tanto mas grato á Jove Llanos cuanto que era hijo de la virtud, parecia recompensarle en aquellos momentos de sus terribles horas de amargura. Lloró de gozo y de alegría, al verse colmado de las bendiciones de sus compatriotas, y sintió renacer en su pecho las mas lisonjeras esperanzas. Dedicóse desde luego á restablecer el Instituto, que había sido arruinado durante su ausencia, y entreteníase en estas sabrosas tareas, cuando repuestos los franceses y engruesados sus ejércitos con nuevas tropas, volvieron á invadir el Principado. Quiso entonces D. Gaspar dar un grito de alarma á sus paisanos, y animado por el sentimiento patriótico aquel anciano pecho, contra quien se habían estrellado las olas de la desgracia, entonó cual moribundo cisne un canto guerrero, lleno de entusiasmo, que revelaba el temple superior de su alma:

A las armas, valientes astures,  
Empuñadlas con nuevo vigor:  
Que otra vez el tirano de Europa  
El solar de Pelayo insultó.

Asi comienza aquel himno que no trasladamos íntegro, porque suponemos que no habrá lector que no lo conserve en su memoria.—Pero el entusiasmo patriótico no fué bastante á contener la sañosa pujanza de los invasores: derramáronse por todo Asturias las águilas de Marengo; y Jove Llanos tuvo al cabo que refugiarse en un bergantin vizcaino, que anclaba en aquel puerto, y no sin dificultad y riesgo se dió á la vela, llegando despues de una furiosa tempestad de ocho dias á Vega, pequeño puerto situado entre Luarca y Navia, el 14 de noviembre de 1811. Hospedóle su amigo don Antonio Trelles de Osorio; y acometido de una aguda pulmonía falleció el 27 del mismo mes, dando en la hora terrible de su muerte el sabio magistrado, el profundo político, el eminente literato y en una palabra el hombre, de universales conocimientos, las mas ardientes muestras de resignacion cristiana; y mandando desde el borde del sepulcro otro solemne mentís á los miserables que habían osado manchar su nombre con el absurdo título de ateo.

Divulgóse muy en breve su muerte; y la Junta de Asturias envió dos vocales de su seno para que auto-

rizaran y presidieran en su nombre el funeral, celebrado con toda la pompa que el tiempo, la iglesia parroquial y lo inesperado de tan triste accidente permitieron; si bien de todas partes acudian las personas mas notables y se reunieron cuarenta sacerdotes de las feligresías inmediatas. Dieron á su cadáver sepultura el 29 y colocóse sobre ella un pequeño túmulo, hasta que fueron trasladados sus restos al enterramiento desus padres.—Muerto estaba ya Jove Llanos y le quedaba aun que sufrir una persecucion alevosa: pusieronle un epitafio de versos tan pedestres é insulsos, que si hubiera levantado la cabeza el autor de la epístola á Bermudo y de las sátiras dirigidas á Arnesto, hubiera vuelto á hundirse en la tumba para no leerlos.—Pero bien puede servir de disculpa á esta alevosía lo revuelto del tiempo y la premura de las circunstancias.

Cuando las Cortes generales, reunidas ya en Cádiz, supieron el fallecimiento de tan ilustre repúblico, manifestaron el mayor sentimiento, declarándole benemérito de la patria y mandando que se tuviera presente el *Informe sobre la ley agraria* por la comision de agricultura para la enseñanza de ella; cosas todas que manifestaban el aprecio con que su nombre era escuchado, si bien en nuestra pobre opinion llegarondemasiado tarde.—Bien merecia Jove Llanos saborear en sus últimos años la dulce satisfaccion del reconocimiento de sus compatriotas, en cambio de los amargos sinsabores que habían acibarado su trabajosa vida.—La posteridad, mas justa y menos preocupada, tiene sin embargo insignes monumentos de su gloria, y añadirá á su corona de siglo en siglo nuevos resplandores.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.



## MUGERES EN GRECIA.

SAPHO.

I.

Hay en el Archipiélago griego una isla á quien indistintamente llaman Lesbos ó Mitilene, de la ciudad que fué su capital en otro tiempo.—Está colocada enfrente de el pais llamado Eide en el Asia menor; y en la parte fronteriza de la costa de este estado ó provincia turca está Mitilene, al presente una aldea construida sobre las ruinas á que un terremoto redujo la que en otro tiempo fué poderosa ciudad, como lo muestran las esparcidas columnas, los rotos chapiteles y mutiladas estatuas de que está lleno aquel territorio, patria de la célebre griega á quien tocan muy particularmente las escenas que vamos á referir.

Por los años 390, antes de la venida de Jesucristo y de la Olimpiada XLV, no era como ahora la isla de Lesbos ni la ciudad de Mitilene un pais pobre, como todos aquellos que tienen la fatatidad de sufrir los efectos del despotismo turco. Al contrario, era un pais rico y célebre por haber dado al mundo uno de los sábios de Grecia,



Pitaco, Alceo y Sapho contemporáneos, aunque de diferentes edades; y otros escritores y poetas cuyas producciones, como las de muchos antiguos, han perecido por la incuria y barbarie de los guerreros y conquistadores.

Estaba Mitilene en aquella época dividida en dos partes, porque la antigua ciudad ocupaba una isleta inmediata á la costa de Lesbos, y el aumento de la población había sido causa de que se construyesen elegantes y sencillos edificios en la costa de Lesbos, separada por un corto brazo de mar que dividía la ciudad.

En esta parte de la costa de Lesbos se elevaba una sencilla y solitaria habitación, porque no eran todavía las construcciones griegas como en el siglo de Pericles, á pesar de ser del mismo género sus dimensiones aunque en escala menor. Se componía de un cercado que encerraba dos puntos habitables. El primero estaba á la entrada y lo formaban el pórtico, las habitaciones del dueño y criados, y las que estaban destinadas á recibir á los huéspedes y amigos: el otro en el fondo del cercado estaba ocupado por las mujeres, no siendo permitida su entrada mas que á las personas de la familia, y aquellas que viniesen acompañadas del dueño de la habitación, y se componía de piezas de labor de las llamadas *Talamus* y *Amphitalamus*, destinadas al lecho y tocador de las mujeres, no menos esquisitas que al presente en el uso de las esencias y adornos, si bien en ellos consultaban lo bello de la naturaleza y no tenían en cuenta las caprichosas elegancias que tan prosaicas y monótonas han tornado las bellas formas de la mujer. En una de estas habitaciones interiores revestida de algunas coladuras y circuida de siales mullidos y vestidos de una tela rosada, estaba una joven de unos veinte años de edad, perfectamente desarrollada en sus formas excesivamente marcadas, y que daban á su figura una expresión algo varonil y atrevida. Su color era trigueño claro, sus ojos eran negros como su cabellera recogida en un peinado elegante en la forma que vemos en las estatuas de mujeres griegas, y rodeado de una guirnalda de flores; sus facciones pronunciadas excesivamente expresaban mas la preponderancia del genio, que no la blandura de esas fisonomías hermosas, cuyas pérdidas formas tanto seducen por el aliciente de su posesión. Pendían de sus orejas unos aretes de oro y estaba vestida de una túnica blanca ceñida con una cinta oscura, tenía mangas abiertas por la parte anterior del brazo y sostenida la abertura por unos broches colocados á la distancia de seis dedos uno de otro, y sus pies bastante bellos estaban calzados con sandalias sostenidas con galgas de color purpúreo.

Estaba en pie é inclinada hacia una de las esquinas de la habitación, y colocaba sobre uno de los siales una lira con que acompañó el canto que en bellísima oda dirigió á la diosa Diana á quien iba á ofrecer una oblación, y demandar su indulgencia, porque amaba, y habían sustituido deseos á los apagados sentimientos que hasta allí habían reinado en su corazón. Esta joven se llamaba Sapho, y era hija de Escamandrio y de Clide, parienta de Pitaco, elevado á la primer magistratura de Lesbos por el pueblo que había expulsado y destruido á Melangro, tirano de Mitilene y padre de Faon. Luego que hubo dejado el acordado instrumento, llamó á su esclava Areta, vestida como su dueña, aunque con menos delicadeza, y en su compañía tomó el camino de un bosque sagrado situado á la distancia de unos mil pasos de la casa de Escamandrio. Silenciosa caminaba, y sin hablar seguía la doncella que la acompañaba por entre los apiñados árboles del cercado bosque consagrado á la diosa Diana, cuya estatua principiaron á divisar en el pequeño claro que había en el centro del bosque, y hacia el oficio de templo. Sobre un pedestal cuadrado de seis pies de elevación estaba colocada una estatua de la Diosa, símbolo de la castidad, en pie: brillaba en su frente la media luna y su túnica abierta en la falda que caía sobre sus muslos, permitía ver la pierna izquierda de la estatua en actitud de andar: empuñaba en su diestra un arco y á su espalda llevaba un aljaba con flechas; á sus pies en actitud de marcha estaba un lebre que iba jadeando. Ante la estatua había una pequeña ara donde se depositaban las oblationes y se ofrecían los sacrificios. Sapho antes de acercarse al ara había tomado una rama de los árboles del bosque, y quitándose la corona de flores que ceñía su cabeza, colocó una y otra sobre el altar, se arrodilla y dirige á la diosa la siguiente súplica.

«Reina de los bosques ¡bella Diana! Un deber sagrado me conduce á tus pies. Yo no puedo resistir por mas tiempo la ardiente pasión que ha transformado mi ser y me llama á otros altares en que tú no presides. Perdona que solicite en tu presencia el permiso de entregar mi corazón sin ofenderte al bello y desagradecido mortal que me ha ofrecido su mano, y reconoce en mi adoración y ofrenda, que no quiero dejar de ser virgen sin cumplir la obligación de aplacar tu enojo, porque el destino cruel fijó mi ausencia de

tus aras.» Calló: un rojo repentino cubrió sus mejillas, y permaneció de rodillas unos cortos instantes. Levantóse despues y dirigiéndose á su esclava la dijo: Vámonos, está cumplido este deber y no temeré el enojo de Diana al consagrarme toda entera al hermoso, al adorable Faon. — Pero ¿cómo ha cambiado tan pronto vuestra resolución de consagrar vuestros días al estudio y la poesía?... No ha muchos días me significásteis que no podíais amar. — Dices verdad, querida Areta, pero el origen de esos votos que nacían de la impotencia de granjearme un amante digno, el que mi corazón había elegido, ha cesado, porque se ha rendido á mis pies y me ha repetido con una voz encantadora, «te amo.» Oyeme puesto que eres fiel y te has consagrado á mí desde la infancia. Hace un año, en tiempo de primavera como ahora en que la naturaleza toda va gritando por todas partes ¡amor! ¡fecundidad! estaba sentada una mañana en lo alto de aquella roca que domina el mar, y me ocupaba en leer al divino Homero, y escribir las impresiones de que mi alma se sentía herida, cuando por la arenosa playa veo venir un joven alto, bien formado, de erguida frente y ostentando una hermosa cabellera cubia que realizaba el total de un bello conjunto.

Se acercó á la orilla del mar, introdujo uno de sus robustos y blancos brazos en el agua, y quitándose sus vestidos, presentó al aire sus preciosas formas, no menos bellas que las del divino Apolo, y se arrojó á las ondas. Sus juegos con las aguas, su inocente entretenimiento en el baño, llamaron mi atención de un modo tan vehemente, que cayeron á un lado los libros de Homero, y entre las pequeñas matas que me rodeaban se extraviaron mi punzon y mis tablillas de escribir. Acabó su baño; tomó su túnica, su manto, y se marchó á la ciudad sin dejar yo de fijar mi vista en él, hasta ocultarse en los sagrados bosques que circundan á Mitilene. Cuando se acabó de ocultar aspiré en mas cantidad que de costumbre, y un prolongado suspiro me sacó de mi enajenamiento. Desde entonces no se ha separado un momento de mi imaginación su divina imagen. Hace unos días que yendo á la ciudad para visitar la familia de nuestro pariente Pitaco, el pueblo estaba algo conmovido y parte de la guardia de Melangro paseaba las calles llevando á su frente el mismo joven que yo había visto. Pero ¡qué marcial! ¡cuánto satisfizo á mi corazón su presencia guerrera al frente de los soldados! Estaba como yo lo hubiera deseado siempre: vistiendo brillante coraza, un penachudo casco y llevando en su izquierda un dorado escudo, y en su diestra una brillante espada. No pude menos de pararme en su presencia, y acercándome á él le dije: ¿cómo os llamais? — Faon: me contestó, y siguió conduciendo sus guerreros. Era el hijo del usurpador del trono de Lesbos, era enemigo de la libertad de mi patria, y aunque hubiera halagado mas mis sentimientos verle su defensor, me pareció el mejor y mas amable de los mortales.

Al día siguiente el pueblo conmovido rompió el cetro de Melangro, le dió muerte, y sus partidarios buscaron su salvación ocultándose ó en la fuga. El destino que me inclinaba á ser la esclava de Faon le condujo á la cerca de nuestra solitaria morada. Era la media noche, y la luna alumbraba el firmamento; se formaban en mi imaginación escenas, recuerdos y pensamientos que nunca hasta estos sucesos me habían ocurrido, impidiendo el que mis párpados gustasen el reparador descanso con que nos brinda el dios Morfeo. Recostada en el marco de la ventana de mi habitación contemplaba los alrededores que llenos de matorrales enviaban á la mente sombras fantásticas, cuando apercibo un hombre que huyendo se acerca á la habitación, y dirigiéndose hacia mí me dice: — ¡Compasiva mortal! Ya que la suerte me depara el encontraros á hora tan desusada, prestad asilo á un infeliz á quien amenaza cruda muerte, si llega á ser descubierto por sus enemigos. — Había oído por la misma voz la sola palabra Faon y no la desconocí. Enajenada por el placer de ser útil á tan amado objeto me decidí á protegerle, y favoreciendo su entrada en nuestra habitación, le mantuve en ella oculto á todos, hasta que se embarcó en un bajel que le condujo á tierra extranjera. Dos días gocé de su compañía, y no hubo momento en que no le significase el extremo con que le amaba. Correspondió enajenado, y al despedirse de mí, quedamos convenidos en reunirnos en la celebración de los juegos Olímpicos, para donde voy á partir con el objeto de disputar el premio á los poetas, y entusiasmar el corazón de Faon, sin el que no puedo soportar la vida. Aquí llegaba Sapho de su relación, cuando vió volar por el aire dos tórtolas, signo del mejor presagio: llamó la atención de Areta sobre ellas, y en aquel momento una flecha disparada por diestro cazador atraviesa el corazón de una, que con incierto y agonizante vuelo cae á los pies de Sapho, muerta. Un grito involuntario se escapó al ama y á la esclava, y consternadas marcharon á su habitación.

## II.

En la parte occidental del Peloponeso y territorio de Elide, corre el río Alpheo, y antes de su entrada en el mar se extienden fértiles llanuras, que en la época de Sapho estaban dedicadas únicamente al culto de los dioses, formando un territorio sagrado, en el que no podía entrar ningún soldado ni hombre armado; y eran recibidos todos los que de diferentes países venían á ostentar sus relevantes cualidades, ya en sus facultades físicas, ya en su poder intelectual. En aquel país estaba la llanura de Olimpia, llamada al presente Antilala, y en el día 1.º de la Olimpiada L, 489 antes de la venida de Jesucristo; no había mas autoridad que la de los jueces que adjudicaban los premios, y la de los encargados de las ceremonias y órdenes que debía observarse en las contiendas, fiestas y sacrificios dedicados á las innumerables estatuas de diferentes dioses, que por ella estaban esparcidos ya en templos, ya en simples bosquecillos á ellos consagrados.

A distancia de unos mil pasos de la orilla derecha del río estaba el estadio donde se disputaban los premios de la carrera, lucha y demas ejercicios de fuerza y destreza con una emulación y un ardor tan extremados, que alguna vez el interés de una ciudad ó un territorio por un contendiente era origen de una guerra sangrienta. Era el estadio un espacio cuadrilongo de unos seiscientos pies de longitud, en cuyos lados se levantaban gradas para los espectadores, y en el centro de uno de sus lados menores se levantaba un tribunal, en el que se sentaban los jueces que adjudicaban los premios. A la espalda de este tribunal estaba el teatro donde se hacían representaciones dramáticas, se recibían toda clase de obras de imaginación aunque no viviesen sus autores; y los poetas presentes leían ó cantaban sus versos para conseguir el premio de preferencia. El teatro no tenía como ahora palcos ni otra clase de divisiones: era una gradería en semicírculo á cuya embocadura estaba el proscenio. Como las representaciones se hacían durante el día y estaba al descubierto, sus proporciones eran colosales, y había algunos de estos teatros que podían contener hasta ochenta mil personas.

En el día segundo de la Olimpiada L, estaba el teatro concurridísimo, como sucedía á todas las fiestas que se celebraban en el territorio de Elide, consagrado durante estos días á recibir á las personas de todos los países, de todas opiniones, viéndose frecuentemente el proscrito y el tirano y los mas irreconciliables enemigos. Se suspendía el curso de la vida del hombre, por desgracia ocupado mas de sus odios que de su benevolencia, y allí no había mas héroes que los vencedores en las diversas y pacíficas contiendas del estadio y el teatro. Varios historiadores y poetas habían celebrado y cantado las acciones de los dioses y los héroes, mereciendo entusiastas aplausos; pero un silencio general se nota, y todos fijan la vista en una mujer, que con paso firme, con el fuego de la inspiración en su semblante y la lira en la mano preludia el principio de su canción. No había memoria de que una mujer se hubiese presentado á disputar el premio como sucedió despues con Corina y otras, y así el interés y la sorpresa crecieron preguntándose todos ¿quién es? ¿á qué patria pertenece? Y de voz en voz corría, es Sapho, natural de Mitilene. Al murmullo de estas voces se sorprende uno de los concurrentes, que volviéndose al compañero que tenía al lado dice: Es nuestra compatriota, es la que me ocultó en aquella peligrosa noche, que tuvimos que abandonar nuestra patria, y no he ido á esperarla á su llegada como la ofrecí! — ¿Sabías que venía? le contestó el interlocutor. — Así me lo había dicho; pero creí que fuesen palabras de mujer, hijas de la pasión que me manifestó, y á que correspondí por gratitud, pues su presencia no me pareció hermosa; pero ahora ¡qué bien parece! ¿no la ves? ¡qué voz! ¡qué versos! Así hablaba Faon oyendo la siguiente oda de Sapho, que el Sr. Castillo y Ayensa ha traducido con perfección á nuestro idioma.

## A VENUS.

Hija de Jove, sempiterna Cipria,  
Varia y artera, veneranda diosa,  
Oye mi ruego, con letales ansias  
No me atormentes.  
Antes desciende como en otro tiempo  
Ya descendiste, la mansion del padre  
Por mí dejando, mis amantes votos  
Plácida oyendo.  
Tú al áureo carro presurosa uncias  
Tus aves bellas, y á traerte luego,  
De sus alitas con batir frecuente  
Prestas tiraban.  
Ellas del cielo por el éter vago



Raudas llegaban á la tierra oscura;  
Y tú, bañando tu inmortal semblante  
Dulce sonrisa.

«¿Cuál es tu pena? ¿tu mayor deseo?  
«¿Cuál? preguntabas: para qué me invocas?  
«¿A quién mis redes, oh mi Sapho, buscan?  
«¿Quién te desprecia?  
«¿Húyete alguno? Seguiráte presto.  
«¿Dones desdeña? te dará sus dones.  
«¿Besos no quiere? Cuando tu le esquives  
«Ha de besarte»

Ven, y me libra del afán penoso;  
Ven, cuanto el alma conseguir anhela  
Tú se lo alcanza, y á mi lado siempre,  
Siempre combate.

Numerosos aplausos resonaron en el teatro y preciosas coronas cayeron á los pies de la que fué aclamada como la décima Musa, y Faon participando del entusiasmo general corre por entre el tumulto en busca de ella: la apercibe caminando al templo de Apolo para darle gracias por el premio conseguido, y antes de entrar en él se acerca á ella, la saluda, y en lugar de encontrar las reconvenciones que justamente merecía, es recibido en los brazos de la tierna Sapho, que yale separa por verlo mejor aprovechando los últimos rayos del sol que se ocultaba: ya le vuelve á su seno y le dice: ¡Cuánto he tardado en verte! No es á Apolo sino á tí á quien yo debo mi triunfo, porque del amor que me inspiras nacen todos mis pensamientos; y al ambicionar la gloria y los aplausos no pensaba mas que en la idea de que moverian tu corazón en mi favor. Esto diciendo abandonó la entrada en el templo con novedad de los que la seguían, y se internó por los bosques sagrados acompañada de su querido Faon.

La luz de la luna era la que alumbraba la pintoresca llanura de Olimpia, cuando los amantes extraviados en ella, olvidados de cuanto les rodeaba, soñaban ó recordaban los deliciosos instantes de un abandono completo. En el espacio que formaba un círculo de mirtos que rodeaba una fuente, haciendo parte de un bosque consagrado á la diosa á quien habia cantado Sapho en la tarde anterior, estaban los dos amantes recostados en la desigualdad que formaban el terreno elevado hacia los bordes de la fuente, y á su lado esparcidas las coronas que ciñeron las sienes de la célebre poetisa, la lira con que se habia acompañado y algunas ropas esparcidas. No se oía mas ruido que el de la fuente que con suavidad enviaba su sobrante de agua por la parte opuesta, al sitio de los trofeos amorosos, y el del lejano rumor que se percibía nacido de los bailes y orgías á que se entregaban la mayor parte de los concurrentes á los juegos olímpicos. Faon embriagado y rendido de placer dormía; pero la imaginación de su compañera siempre exaltada, estaba llena de las ilusiones y dichas que acababa de conocer; y por testimoniar su afecto y endulzar el sueño de su idolatrado amante, coge su lira y canta los siguientes versos, que á despecho del tiempo han llegado hasta nosotros.

### ODA A SU AMANTE.

Lesbia las dichas de los dioses prueba,  
Este mancebo cabe tí acostado,  
Este que goza de tu hablar suave  
De tu sonrisa.

Mírolol triste el corazón entonces  
Ríndese opreso: de repente falta  
Voz á mis fauces, mi trabada lengua  
Tórnase muda.

Súbito siento que sutil discurre  
Dentro de mis venas ardorosa llama,  
Huye la vista de mis ojos, zumben  
Ya mis oídos.

Toda me cubra de sudor helado  
Mas amarilla que la yerba quedo,  
Tiemblo, y cercana de la muerte exhalo  
Débil suspiro.

La lira se escapa de sus manos, y se pone á contemplar al amante que la inspira. La rubia cabellera que ocultaba parte de una de sus mejillas sonrosadas se agita con una pequeña ráfaga de viento, y al descubrirse de un modo tan inesperado sus bellas facciones, se entusiasma su agitada amante, y cediendo á un irresistible impulso se acerca á su rostro y le dá un ardiente beso, que conmoviendo á Faon le precisa á despertar. Abre sus ojos, y al verla exclama: ¡Eres tú!... ¡cuánto te amo!... Me has librado de la vida: me has hecho partícipe de tu gloria, y me has hecho sentir los mas enebriantes placeres. ¡Ah! ¿Porqué estoy desterrado? ¿porqué no puedo encender la antorcha nupcial sin asociar tu nombre á un proscrito?... Nada me di-

ces? ¿no me amas?... Te escucho, Faon, y mientras el sonido de tu voz llega á mí trayéndome señales de tu amor, no quisiera impedirlas y hasta contengo mi aliento.... Mañana parto á Lesbos, y puesta á los pies de Pitaco conseguiré tu vuelta á nuestra patria y no te apartarás mas de mí. ¿Me lo prometes?—Te lo juro, contestó Faon.

### III.

Algun tiempo despues de la escena que acabamos de contar estaba en conmocion la ciudad de Mitilene y hacia la orilla del mar acudian muchas gentes que en sus ademanes y en su rostro mostraban la alegría y el contento propios de los que esperaban ver sus amigos, sus parientes y compatriotas volviendo de las tierras extrañas, á donde habian sido alejados por las desavenencias intestinas. Sobre la peña donde en otro tiempo Sapho vió por primera vez á Faon estaba tambien ahora, la vista fija en el mar y la respiracion fatigosa esperando ser la primera en descubrir la nave en que venia su idolatrado amante. Descubre al fin la ansiada nave, y agita un paño blanco para que sepa su amado que está allí y no piensa mas que en él.—Su movimiento fué descubierto desde el barco en que venia Faon, Alceo y otros desterrados.—¿Qué significa aquella señal, pregunta Alceo á Faon?—Esa es Sapho, la dice éste, la que llevó el premio en los juegos Olímpicos y mi importuna amante.—¿Llamas importuno el amor de una mujer cuya fama aplaude toda la Grecia? ¡Ah! no es tu corazón nacido para la gloria.—¿Qué quieres, amigo Alceo, he estado á su lado, he sentido latir sobre el mío su corazón entusiasmado, y su fuego, sus ardientes miradas, sus resueltos ademanes me han helado: solo la gratitud podia contenerme á su lado, y ella tiene todo el amor que debiéramos sentir los dos para ser delicioso y agradable.—En esto llegan á la playa, y ya tan ligera como el viento habia descendido la mal correspondida Sapho á la playa, y con una sencilla enajenación que la envidia quizás ha interpretado mal, se arroja en sus brazos diciéndole.—Ven á mí: vengan tus amigos y disfrutéis de la hospitalidad que Pitaco mi pariente os ofrece en su misma casa: y asiendo de la mano á Faon, que esforzándose correspondía apenas á sus obsequios apasionados, invita á seguirle á los demas desterrados, y como en triunfo lo lleva á la habitacion de Pitaco, que con la generosidad de una alma grande y con las miras de un político sabio le recibe lo mismo que á sus compañeros con una cordialidad y un agasajo no correspondido por el corazón de sus huéspedes. Pasados los primeros días de su llegada, Sapho notó un desvío en Faon, que concluyó con su alegría y se mantenía en su solitaria habitacion en casa de Pitaco su pariente. Retirada en la soledad sufría é ideaba dos medios de atraer á su esquivo amante, que tan mal pagaba la consagración que le habia hecho de su existencia. Habia en esto quizás algo de predestinación. En esto Alceo, que tenia preocupado su espíritu con las relaciones que le habia hecho Faon respecto de Sapho, y entendiendo que su pasión era al sexo, no á determinado objeto, le remite una tablilla y en ella escritas las siguientes frases conservadas por la historia.—«Quisiera explicarme, pero me lo impide el rubor.» La que fué contestada en los siguientes términos:—«No tendria rubor vuestra frente si no fuera culpado vuestro corazón.»—A poco rato de estas contestaciones entra Faon en la habitacion de Sapho, que es recibido como siempre, con indulgencia, y hasta con sumision, pues á este extremo reduce el amor las almas mas privilegiadas cuando ha penetrado en ellas. Sapho le enseña la proposición de su amigo, que él ve con indiferencia, y la dice.—Deja, querida, esas impertinencias y hablemos de nuestro porvenir, de nuestra indisoluble union.—¿Qué dices, Faon? ¿amas á Sapho? ¿piensas en concluir con sus penas?—Sí, interesante Sapho: no son otros mis afanes: pero para merecerte necesito recobrar mi rango necesito vengar la muerte de mi padre Melanero asesinado por los amigos de Pitaco; es preciso que este hombre odioso que con falsos beneficios trata de aplacar las justas quejas de los que oprime perezca, y en su lugar tú y Faon reinen en Mitilene.... No me contestas?... ¿lloras?—Sí: lloro, ingrato Faon, porque ya no me queda mas que llorar y morir. ¿Qué has notado atrevido salto. Innumerables gentes atraídas de la fama del suceso la contemplaban, y ella mas desgraciada en mí que te haya dado idea de que yo puedo ser trai-

dora á un pariente querido, que me distingue y me protege? Además, le he oído á él y te oigo á tí: él quiere, si tú me amas, cederte su poder, te hospeda en su casa, te considera, y tú... tú no me amas y le quieres asesinar. Calla, Sapho; no llañes asesinato á lo que es justa y merecida venganza; y si de otro modo piensan los que dicen amarme, mienten, porque no ama quien no concurre á engrandecer el objeto amado.

Resuélvete, Sapho, á ser mi ayuda ó mi verdugo.—Ni uno ni otro: seré víctima de mi mal pagado amor: y se separaron. Pocos dias pasados, estalla una conjuración contra Pitaco, y Faon y los suyos son vencidos y arrojados de la ciudad. Faon fué de los que consiguieron fugarse, merced á los cuidados de su infeliz amante, que ignorándolo él, velaba por su existencia. Estos sucesos, la soledad y el amor irritado por la resistencia, inundaron su alma de amargura sin destruir aquella imagen encantadora tras de la que era arrastrada por una fatalidad. Ni las consideraciones, ni los aplausos que la daban sus talentos reconocidos en el mundo civilizado de aquella época, ni las esmeradas atenciones del sabio Pitaco mitigaron en nada sus tormentos; y resuelta á todo, toma un criado fiel, y embarcándose en Mitilene recorre las principales ciudades de la Grecia en busca de Faon, y habiendo recibido una falsa noticia de que habia muerto, determinó dar el salto de Léucades. En el territorio de Ambracia, cercano á la Elide, habia una pequeña península, que prolongándose en el mar remataba en una roca, que socavada por las olas presentaba una vista temerosa é imponente. Los griegos que consagraban cualquier maravilla á un dios con cuentos muchas veces morales y de un significado diverso al que el vulgo le daba, atribuían al peñasco de Léucades la virtud de hacer olvidar los amores desesperados, si arrojándose al mar desde su cima se conseguía salir con vida: pero lo cierto es que nadie saltó de la peña de Léucades que no pereciese, á pesar de que con lanchas se tomaban las inmediaciones de la peña, para prestar pronto auxilio á los que se precipitaban. En lo alto de esta roca se presentó la que era admiración de la Grecia despues de haber cumplido todas las ceremonias, que precedían á la consagración que se hacia antes de dar el





que todos, mostrando en todo su alma superior, toma su lira y canta por última vez el abandono de su amante.

Terminado su canto arroja la lira, y por un movimiento convulsivo se arroja hacia el mar. Al sentir que pierde su equilibrio quiere volver atrás, da un ¡ay! sentido: pero era tarde: el mar recibió su cuerpo muerto, contribuyendo este suceso á engrandecer la fama de su nombre. Los mitelenos honraron su memoria acuñando medallas con su efigie, y en tiempo de Cicerón se veía en el Pritaneo de Siracusa una bella estatua de la desgraciada Sapho.

CAMILO ALONSO VALDESPINO.

## VIAJES

### A LAS PROVINCIAS VASCONGADAS

ASOMANDO

LAS NARICES EN FRANCIA.

#### ARTICULO III.

##### INCURSIONES.

—¿Qué hay aquí le comen? Manchegos: Lo que V. traiga.  
Provincianos: Lo que V. quiera.

Con asombro de los naturales y no poca envidia de algunos forasteros que andaban tras de lo mismo, tuvimos la dicha de encontrar una carretela, cuyo mayoral nos dijo, que con sus tres caballos, mi amigo D. José Velasco y yo, era capaz de atravesar el mundo de parte á parte; así que, manos á la obra, y no habia sino decirle por dónde queríamos virar; que él haría parada cada y cuando nos viniese en ganas. Agradónos sobre manera el agrado del calesero, y Velasco que, como hijo de Vitoria,



sabía bien la tierra que pisaba, le mandó tomar el camino de Deva, pueblo de la costa, donde á la mucha gente de Madrid que estaba allí tomando baños, se reunían los jóvenes de aquellos alrededores, mas ó menos aficionados á los novillos, que en obsequio de S. Roque estaban dispuestos para los días 15, 16 y 17 de agosto.

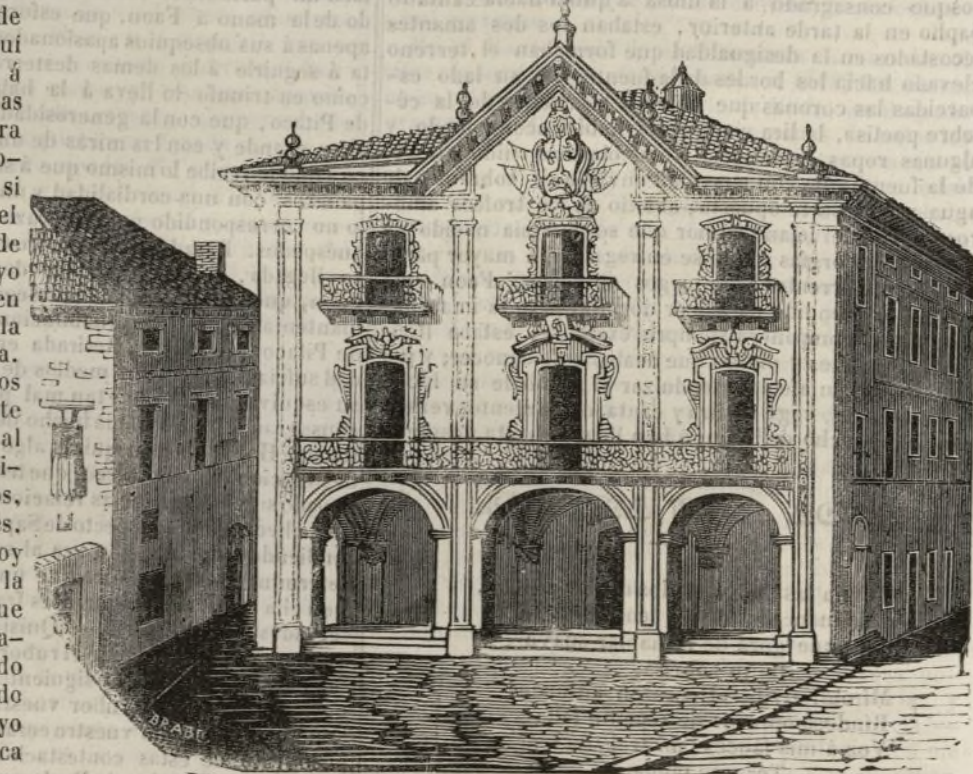
Nublado amaneció el día de nuestra expedición, y ya llevábamos dos horas de camino, cuando se anunció ese prodigioso cuadro de la naturaleza matutina; de manera que hasta llegar á las salinas de Leniz, fuimos ni mas ni menos que las maletas. Sin poder convenir en aquello de que el que se queja sus



males alcaja, pues no cesábamos de decir ¿para qué os quiero, ojos míos, si no me servís de nada? y sin em-

bargo, hasta que el sol, luchando á brazo partido con las nubes, empezó á dorar por intervalos las altísimas crestas de aquellas deliciosas montañas, no pudimos gozar del bellissimo panorama que se desplegaba á nuestra vista. Y ahora

no puedo menos, lector mío, de hacer un paréntesis, para aconsejarte que no me pierdas de vista; pues si hasta aquí has podido seguirme á larga distancia por esas áridas llanuras, ahora convendría que nos conociésemos á espante, si no quieres pasar por el disgusto de separarte de mí, ó dar lugar á que yo te pierda; lo cual, bien sabe Dios que sería la desventura de mi vida. Para que ninguno de los dos suframos semejante contratiempo, súbete al carruaje; que si necesitas los cuatro asientos, mi amo y señor eres, como á tal te acato, y soy capaz de ponerme á la trasera. Pero opino que nada de eso es necesario, pues aun cuando tú seas el hombre gordo de los entes morales, yo soy la línea matemática de los físicos, y punto concluido. Avisado estás ya



Palacio de Oñate.

de lo que ocurre; tuya será la culpa si nos perdemos; mío será el dolor si no nos encontramos.

Rara vez, entre las infinitas que he procurado bosquejar algunos cuadros de costumbres, me ha ocurrido quedar satisfecho de mi trabajo, y aun siempre he tenido en cuenta la ilustración de los lectores, á quienes por regla general, y exceptuando los que piden libros prestados, he creído demasiado benévolo con mis escritos. Muchas dificultades, de las cuales he vencido las menos, y he fracasado en las mas, se me han

presentado toda vez que he querido coger la pluma, pero nunca me he visto tan aturdido como

ahora. Confieso, señores, que no hago mas que cambiar de pluma; mudar de papel, estirar los ojos y arquear las cejas, sin saber cómo dar una idea del país vascongado á los que no lo hayan visto, ni probar á los naturales de Guipúzcoa que no abrí los ojos en valde cuando visité sus montañas. Aconsejar á los primeros que fuesen allá antes de leer mis artículos, parecería una sandez, aunque no lo es tal, y era un prólogo demasiado costoso; decir á los segundos que su país es muy pintoresco, es no decir nada; eso no es cumplir, y para no cumplir escusábamos habertomado la pluma. Y pues ya no mas remedio sino seguir adelante, dejemos correr la pluma, que ella se buscará salida. A fé que pruebas ha dado ya de estar bien templada, y de que cuando no puede echar por el atajo se echa con la carga, y en paz.

A la salida de Leniz, empezamos á bajar la cuesta de ese nombre, y desde allí, por espacio de dos leguas, acompañaron el carruaje dos escopeteros, que



con el nombre de *Celadores de Guipúzcoa*, y sostenidos por las diputaciones provinciales, están destinados á prestar ese servicio en varios puntos del pais vascongado. El variado panorama que descubrimos

En fuerza de aplicar el fuego á varios cuerpos de la naturaleza, vió que los árboles ardian; y como ya sabe á dónde ir por leña cuando tiene frio, ¿para qué cuidarse de lo demás?

de aquellos fértiles montes, tapizados de verde y salpicados de flores que embalsamaban el aire con su precioso aroma. Aquellos riscos, aquellas cascadas, aquellos precipicios, todo ha pasado confusamente

por nuestra vista; grato recuerdo nos ha quedado de todo ello, y no creemos que haya mas nada comparable con el pais Vasco-Navarro que los pintorescos paisajes de la Suiza. La laboriosidad de los guipuzcoanos contribuye en gran parte á hermosear aquella naturaleza ruda y agreste; la mano del hombre, construyendo modestas viviendas en el fondo de los precipicios, ó labrando montes que el viajero tiene por inaccesibles, no desentona el cuadro sorprendente de la creacion. Allí se afanan por adquirir lo necesario y les estorba lo superfluo. Pero sigamos nuestra ruta, que mas de una ocasion se ha de presentar en el discurso de estos artículos para hablar de las costumbres de los provincianos; adelantando únicamente, que son dignas escuelas de la belleza topográfica con que los ha dotado el cielo.

Acertó á ser dia de fiesta aquel en que íbamos viajando, y acertamos nosotros, á fuer de cristianos que somos, á querer cumplir con el precepto, en la iglesia de Escoriza: para lo cual dimos tras las gentes de los caseríos que acudian al toque de la campana, y con ellas en el templo santo de Dios; que es de muy buen gusto, aunque pequeño, y tiene excelentes esculturas. Allí vimos por primera vez, lo que á ser de noche nos hubiese hecho dar mas

de un brinco en retrógrada direccion; v ahora sí que retrocedo hasta en el modo de narrarlo. Venga acá el lector mas familiarizado con los difuntos, y si no puede ser un médico que sea un sepulturero, y dígame qué haria si conociendo la costumbre antigua de enterrar en las iglesias, viese sobre el pavimento de una de ellas mas de doscientas luces. Yo de mí sé decir que me faltó poco para encomendarme al héroe manchego, y hacer una de las suyas con



Guipuzcoanos y Navarros.

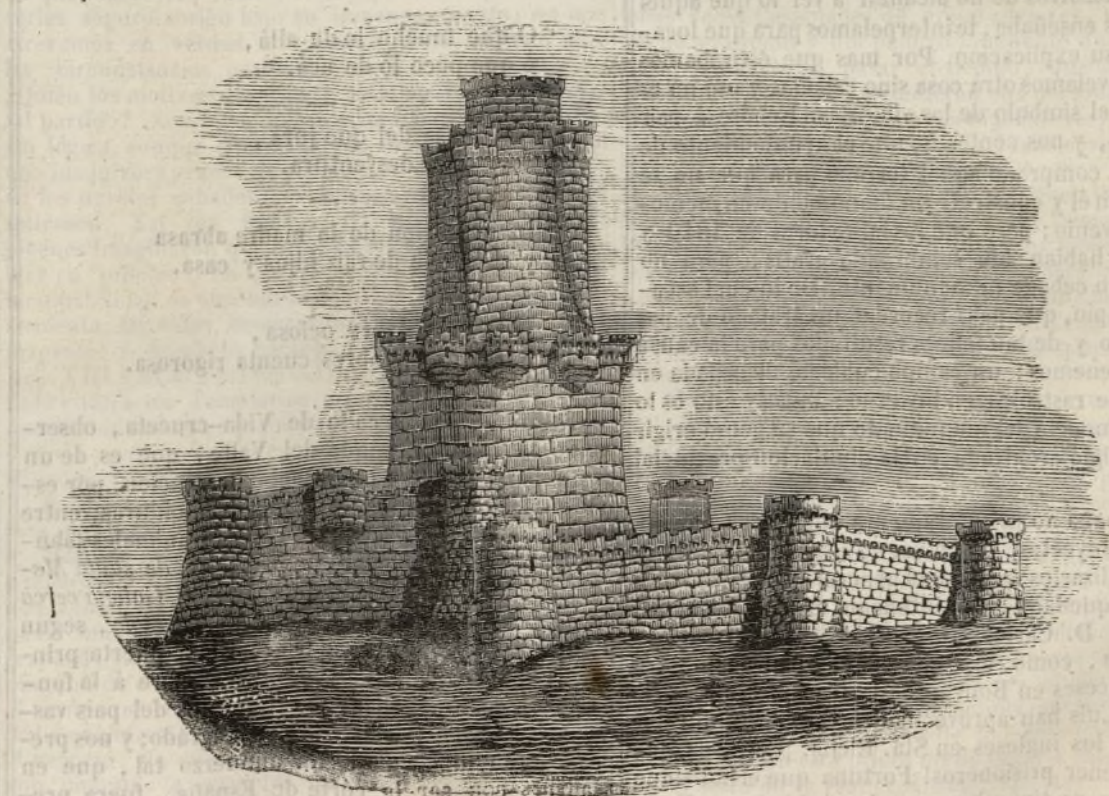
por los cristales del coche, nos hizo sacudir la pereza, y locos de alegría triscábamos por aquella naturaleza salvaje, cobijados por el manto azul de la celeste esfera. El hombre era allí para nosotros, lo que la enhiesta amapola que abría orgullosa sus purpurinos pétalos para besar los pies del corpulento manzano, que cargado de fruto, no podía hacer otro tanto con la altísima montaña, á cuya sombra creciera. Las reducidas chozas que á centenares veíamos esparcidas por aquellos montes, nos traian á la memoria los soberbios palacios que el hombre construye para olvidar su impotencia contra los secretos de la naturaleza. — ¿Qué ha hecho el hombre comparable con la menor belleza de este brillante paisaje, nos decíamos á nosotros mismos, en tantos siglos como han pasado desde que el Sér Supremo puso bajo su dominio todas las grandezas de la creacion? Ha hecho mas que ceder mez-

Esas desoladoras reflexiones y otras mas libres quizás que callamos ahora, porque nosotros mismos separados ya de aquellos risueños paisajes estamos avergonzados acaso de haberlas imaginado nos hacíamos mientras atravesábamos el rio Deva, que serpenteaba por aquellos riscos como el mercurio que en surtidores de plata atraviesa los poros del valdés para librarse de las impuridades que lleva consigo. Alejados por nuestra desgracia de los pintorescos prados de

de un brinco en retrógrada direccion; v ahora sí que retrocedo hasta en el modo de narrarlo. Venga acá el lector mas familiarizado con los difuntos, y si no puede ser un médico que sea un sepulturero, y dígame qué haria si conociendo la costumbre antigua de enterrar en las iglesias, viese sobre el pavimento de una de ellas mas de doscientas luces. Yo de mí sé decir que me faltó poco para encomendarme al héroe manchego, y hacer una de las suyas con



quino á las miserias de su corazon, para talar los campos, incendiar los bosques, á solar las mieses, encarnizándose con sus semejantes? Cree por ventura, haber cumplido su mision sobre la tierra conquistando hoy lugares que ha de abandonar mañana á sus enemigos? Será tal vez que se contemple satisfecho de sus adelantos, ó su orgullo resentido le induce á destruir lo que no alcanza á comprender? Pretende acaso disculpar su ignorancia poniendo límites á su imaginacion?... Semejante pretesto revela demasiado su impotencia, y engrandece al poder que le esclaviza...



Castillo de Guevara.

Guipúzcoa, y sumidos de nuevo en ese mundo artificial que el hombre opone á los encantos del natural, á cuyas espensas se hicieran ambos, apenas podemos dar una idea de la que nos causó la vista

las infelices mujeres, que con el mayor recogimiento oraban, ó estaban de rodillas (ni quito ni pongo rey) ante unas tablas de pie y medio de largas, donde las viudas enroscaban las cerillas pajizas que aplica-



ban á sus maridos. (Nota: difuntos). La misa se dijo en latín; y no se crea por esto que yo soy como aquel que preguntaba si corrían en Carabanchel las monedas españolas, sino que ya el idioma de Cervantes se iba resbalando en aquellos pueblos, y yo tengo noticia de que los sacerdotes han celebrado algún tiempo en vascuence. A la media hora, pocas, de habernos puesto de nuevo en movimiento, hicimos alto, para visitar la casa de baños de Arechavaleta, que nos pareció elegante y cómoda, tanto en su aspecto exterior como en sus dependencias. Varias personas de las que allí vimos serán residenciadas con los demás *bañandos*, que de otros puntos hemos reclutado en otra ocasión; pues eso de ir «á tomar baños» está diciendo comedme, y cosa es que vale bien los honores de un artículo *ad hoc* ó *ad illud*. Ya que me aventuro á hablar latín, no quiero que se me quede nada en el tintero. Con el «V. dispense» en la boca y los nudillos de la mano derecha en el seguro, fuimos reconociendo cuarto por cuarto todos los del establecimiento; hasta que satisfecha nuestra curiosidad y habiendo escitado la de algunos huéspedes, quisimos alejar toda sospecha de nuestras personas, acabando por conocer también al amo de la casa, al cual le pregunté por mí mismo.

—No está, ni ha estado aquí de temporada ese sujeto, me contestó.

—Es cosa original, dije yo, como quien recapacita; él me dijo que venía á Cestona!

—Pues allí estará, porque estos no son los baños de Cestona, y si los de Arechavaleta; famosos por el mucho azufre que contienen las abundantes....

—No se moleste Vd. mas, le repliqué, por eso no le encontraba yo. Tiene Vd. mucha razón y Vd. dispense.

Costónos algún trabajo evitar la seducción de aquel hombre, que *velis nolis* quería encajarnos una docena de saturaciones azufrosas; pero por fin ganamos la escalera, y acomodados nuevamente en el coche, atravesamos la amurallada villa de Mondragon, dejando á un lado los baños de Santa Agueda. El río Deva, que gracias á la irregularidad del terreno, coqueteaba muy á menudo con nosotros, nos quiso cortar el paso por cuarta ó quinta vez; pero le salió mal la cuenta, porque para evitar sus travesuras estaban allí los puentes á docenas, y seguimos sin mas novedad que la de ver el camino que conducía á la antigua corte de D. Carlos María Isidro de Borbon, cuyo punto visitamos despues. Al poco tiempo, y cuando cruzábamos unos sembrados, nos dijo el mayoral que aquel era el famoso campo donde se celebró el no menos famoso convenio de Vergara; y aburridos nosotros de no alcanzar á ver lo que aquel hombre nos enseñaba, le interpelamos para que localizase mas su explicacion. Por mas que estirábamos los ojos no veíamos otra cosa sino cebada, y eso no es en España el símbolo de las victorias. Echóse á reír el calesero, y nos contestó, que el ayuntamiento de 1839 habia comprado aquel terreno para que no se sembrara en él y construir un monumento en memoria del convenio; pero que los labradores de 1840 y siguientes habian ido sembrando gratis, para no quedarse sin cebada ni monumento. De lo cual sacamos en limpio, que para recordar un tratado de paz tan glorioso y de tan felices resultados para la causa nacional, tenemos: un campo cubierto de cebada en verano y de rastros en invierno; mas (y esto es lo fuerte) un modelo del monumento que se pensó erigir y no se erigió archivado en la diputacion provincial de Vitoria.

En España no es enteramente nuevo ese sistema de hacer proyectos, y archivar *ad eternum*, la intencion de realizarlos; pero si el general carlista Maroto se hubiese quedado con la intencion de capitular con Espartero, D. Carlos seria rey de los españoles á estas horas, como, mal que le pese, es prisionero de los franceses en Bourges. Y vive Dios que los hijos de S. Luis han aprovechado la leccion que recibieron de los ingleses en Sta. Elena. ¡Cáspita y qué modo de tener prisioneros! Fortuna que el individuo en cuestion no tiene hoy grandes simpatías en España, que si no era cosa de armar una cruzada para redimirlo. Pero bien está S. Pedro en Roma, y nosotros podemos mientras tanto cultivar esas cebadas para defender el campo donde terminó la guerra civil que afligió á España por espacio de siete años.

Inmediato al campo de Vergara estaba, y seguirá

estando aun el pueblo del mismo nombre, y en la primer casa que se encuentra á mano derecha hay junto á una reja un farol con un azulejo, en el cual se lee lo siguiente: *hasta esta línea (1) subió la horrosa riada de 30 de junio de 1834*. Dicese que en dicha hermosa villa nos dignamos ambos viajeros hacer una comida, y que mientras la preparaban nos fuimos á dar un paseo por la poblacion; á lo cual no tengo nada que oponer; paso por lo tanto á referir lo que allí vimos, que no fué mucho por haber sido corto el tiempo que en dicha expedicion gastamos, y menos hubiese sido á haber tenido noticia del gran almuerzo con que nos regalaron y sorprendieron las mozas del parador.—El primer edificio que topamos, fué el convento de la compañía de Maria, obra de 1779, para la enseñanza de doncellas; y como suelen decir, que el perro se entra en la iglesia porque está la puerta abierta, no quisimos nosotros dejar de hacerlo y dimos con nuestros huesos en el templo santo de Dios. Examinámonos mutuamente y de arriba á bajo los dos amigos, y convencidos de que estábamos hechos unos *fachas*, incapaces de alterar el plan curativo, ó conservativo de aquel santo asilo, nos decidimos á visitar las doncellas. Entre las cuales (y sea dicho de paso porque las vimos entre celosias) habia algunas duras de pelar. La figura de mi compañero, mal que me pese, era mas estimulante que la mia; pero ambos bajamos los ojos al suelo para no hacer allí el oficio de ángeles tentadores, y únicamente al acercarnos á la pila del agua bendita alzamos la vista para leer las *virtudes y propiedades del agua bendita*, que estaban impresas en un papel: mas otro cartel en el cual: *Maria Benita de Ciga, priora del convento*, etc., pedia indulgencias al papa en 1840, y Su Santidad se las concedia á correo tirado. Al dejar aquella santa casa, volvimos á leer la profesion de fé que hacian á la puerta las que estaban dentro, y no pudimos menos de exclamar:—Hé ahí donde se aisan las verdaderas doncellas! Por eso en las grandes capitales se quejan de no encontrar sino amas de gobierno, de cura, ó de llaves! Bien haya la que se mete á doncella, sin acudir á las agencias ni á los memorialistas. Aquí no las enseñarán á ser doncellas, pues eso difícilmente lo aprende la que haya sido nodriza; pero cuidarán de que lo sigan siendo; que ni es poco cuidar, ni es poco ser; sobre todo á los setenta y tantos del pico. La plaza mayor nos recibió en su seno; y en las casas consistoriales nos encontramos otras máximas, por el estilo de las de Vitoria; y decian así, bajo la responsabilidad de nuestra memoria:

O que mucho lo de allá,  
ó que poco lo de acá.

En la casa del que jura,  
no faltará desventura.

La maldicion de la madre abrasa  
y destruye de raíz hijos y casa.

De toda palabra ociosa,  
darán los hombres cuenta rigurosa.

Seguimos por la calle de Vida-cruceta, observando la casa del conde del Valle, que es de un gusto particular y llama mucho la atencion, por estar cubierta su fachada exterior de molduras; entre las que se advierten muchos reyes y animales fabulosos. Visitamos despues la parroquia de santa Marina, virgen que padeció martirio en Galicia cerca de Orense en CCLXV de la Era española, segun dice la inscripcion que se lee sobre la puerta principal, y nos volvimos en alas del hambre á la fonda. Allí, como en todos los paradores del pais vascongado, nos sirvieron con sumo agrado; y nos prepararon en media hora un almuerzo tal, que en Madrid, con ser la corte de España, fuera preciso encargarle con algunas horas de anticipacion. Plasencia y Elgoibar no nos ofrecieron nada de particular, por estar cerrada la fábrica de armas

(1) A ojo de buen cubero, habrá unos 36 pies del nivel ordinario del río.

que hay en el primero, y no tener abierta la iglesia, de construccion moderna, que hay en el segundo. Finalmente la villa de Deva nos admitió en su pequeño recinto, y acomodados en poco menos de 8 palmos de tierra, á causa de los muchos forasteros que allí habia, pasamos la noche hasta el día siguiente, que amaneció despejado y sereno, como si las gentes del pueblo le hubiesen escogido de intento.

ANTONIO FLORES.

## POESIA.

### LA FLOR DE LA ESPERANZA.

Yo miro una flor crecer  
Al soplo del aura leve,  
Y apenas sus hojas mueve  
Marchita y yerta caer.

Reina del pensil la veo  
De sus pétalos salir  
Y alimentarse y vivir  
Con el fuego del deseo.

Yo en su cáliz virginal  
Respirando su ambrosia,  
Bebo la esperanza mia  
Con encanto celestial.

Y al nacer la blanca aurora  
La miro fresca y lozana,  
Saludar á la mañana  
Que apacible la colora.

Y en alas de su albedrío,  
Meciéndose entre las flores  
Engalanar sus colores  
Con las perlas del rocío.

Y al mirarla desplegar  
Sus fragantes hojas bellas,  
Crece mi anhelo con ellas,  
Con ellas sueño reinar.

Mas ay! que al tocar la flor  
De orgullo y ventura lleno,  
Mística perece en mi seno  
Sin aroma y sin color;

Y en vano miro lucir  
Nueva flor al otro día,  
Que á la par de mi alegría  
Vuelve en mi seno á morir.

¿Por qué necio persevero,  
Bella flor, en ser tu amigo  
Si al morir vivo contigo,  
Y al vivir contigo muero?

Esperanza de mis años,  
Dulce afán del corazón,  
¿Por qué alientas mi ilusion  
Para darme desengaños?

¿Por qué si te alejas, dí,  
Sumido en dolor profundo,  
Me parece que en el mundo  
Ya no hay vida para mí?

Ven, que el alma en fuego ardiente  
Lucha con ímpetu fiero,  
Gloria, amor, ventura quiero,  
Ven, flor, para ornar mi frente.

Que si nada el hombre alcanza  
Contigo su frente eleva,  
Y hasta el sepulcro se lleva  
Las flores de su esperanza.

L. OLONA.







## ESTUDIOS HISTORICOS.

## APUNTES

SOBRE LA SUPRESION DE LA ORDEN  
DEL TEMPLE,  
EN LA CORONA DE ARAGON.

## ARTICULO TERCERO Y ULTIMO.

**Segunda intimacion á Zaguardia.—Su respuesta.—Sitios de Mirabete y Monzon.—Rendicion de Cantavieja.—Indulgencia con los Novicios del Temple.—Carta de Zaguardia al Abad de Fuenfria.—Instrucciones del rey á Bernardo de Liria.—Rendicion de Castellote.—Capitulacion propuesta por Zaguardia y modificaciones hechas en ella por el rey.—Acuden los Templarios al papa.—Rindese Zaguardia por falta de provisiones.—Proceso y sentencia.**

Era ya muy entrado el mes de mayo de 1308 sin gran progreso en el asunto de los Templarios, cuando don Jaime creyó necesario obrar resueltamente, y en consecuencia mandó á Pedro Queralt su mensajero, intimase al lugar-teniente del gran maestro, encerrado con muchos de sus caballeros en el castillo de Mirabete, la orden de someterse al juicio del inquisidor.

«Si el papa de acuerdo con el consistorio de los cardenales, respondió fray Romeo Zaguardia, su prime nuestra Orden, y nos manda entrar en otra, obedeceremos gustosos la resolucion de su Santidad: mas no si se nos culpa de hereges; en tal caso preferimos morir en nuestros castillos.»

¿Qué era morir peleando para hombres que habian hecho, al tomar el hábito, abnegacion de su vida? Por cierto cosa poco temible: pero morir infamados, morir en las llamas, la naturaleza debia rebelarse, y se rebeló en efecto contra tan amargo género de suplicio.

Apretóse el cerco del castillo en consecuencia de la respuesta que dejamos referida; mas no fué con rigor y menos con saña. Ya lo hemos dicho: el soberano mandaba aquellas violencias por no desobedecer al papa, los vasallos las ejecutaban por cumplir con los preceptos de su señor: mas ni este ni aquellos, ni nadie en España mas que los inquisidores andaban solícitos en la guerra contra los Templarios. Asi es que se toleró la introduccion de todo género de vituallas en los fuertes sitiados; los que dentro de ellos estaban, pudieron comunicar mas ó menos con los de fuera, llegando el caso de que algunos amigos ó deudos de los caballeros, como un hermano de Zaguardia, por ejemplo, fueran á unirse con ellos y á correr generosamente su misma suerte; y últimamente, ni el bloqueo fué severo ni el asedio vigoroso, pues las máquinas de guerra, ó no jugaron, ó lo hicieron débilmente durante muchos meses.

En 18 de junio se mandó tambien de orden del rey y por medio de don Artal de Luna, vice-procurador de Aragon, que se rindiesen los Templarios de Monzon, proponiéndoles, empero, ciertas condiciones, sin duda para inducirlos mas fácilmente á la obediencia. Preciso es decir, sin embargo, que bien examinados aquellos capítulos, que así los llamaron, se reducian á que los caballeros se rindiesen á discrecion de sus jueces; y por lo mismo no es de extrañar que continuaran defendiéndose, como en efecto lo hicieron. Dos caminos les proponia don Jaime: primero que salieran de la fortaleza para ser custodiados donde y como lo tuviera el rey por oportuno; y les aseguraba de todo daño, fuera de lo que el papa mandara hacer de sus personas, es decir, fuera de pasar por el tormento para llegar al suplicio. La segunda manera de rendirse, en sustancia es la misma que la ya dicha, diferenciándose solo en que don Jaime se avenia á que el castillo se entregara en depósito á tercera persona hasta el resultado

final del proceso. Prométeseles custodiarlos con decoro, mantenerlos convenientemente, atender á sus solicitudes, si se avienen, y de no, se les amenaza con estrechar el asedio hasta demoler los muros que les resguardaban; comenzando desde luego á no permitir la introduccion de víveres, refuerzos, ni otra cosa ninguna.

Negáronse, dicho queda, á aceptar tales partidos, si ese nombre merecen tan duras condiciones; y sin guieron los de Monzon sitiados como los de Mirabete y otros puntos.

A fines de agosto ó principios de setiembre hubo de rendirse Cantavieja, pues en diez y nueve del último citado mes, dispuso el rey que los caballeros procedentes de aquella castellanía, fuesen por Berenguer de Thoria trasladados al lugar de Villarlengo, donde mandó quedasen presos. En esta orden es de notar el cuidado con que se atiende á que no carezcan de buen sustento los encarcelados, pues se previene á Thoria que les dé carne, á razon de un carnero para cada veinticuatro personas, tres dias á la semana, domingos, martes y jueves, y los otros restantes huevos ó pescado, sin mezclar nunca ambas cosas.

Sin acontecimiento notable trascurrieron agosto y setiembre; mas durante ese tiempo la nobleza aragonesa, que contaba en las filas del Temple muchos de sus individuos, y entre ellos á varios jóvenes aun no profesos, no debió estarse ociosa ni indiferente; y en efecto, ya que no consiguiera salvar á los que en regiones altísimas estaban condenados, por lo menos libró de la ruina á mas de un doncel de ilustre familia. Don Jaime, en 11 de octubre mandó que se permitiera salir de Mirabete y regresar á sus casas á un hijo de Don Pedro de Moncada con otros donceles nobles que todavía, dice la orden, *non sunt fratres*. En este suceso hay que advertir, además de la manifiesta tendencia del rey de Aragon á favorecer á los Templarios, siempre que sin personal compromiso respecto á la sede apostólica pudo hacerlo, la longanimidad con que los asedios y proscritos caballeros abrian las puertas de la salvacion á los que por no haber aun pronunciado votos definitivos podian dejar el hábito sin incurrir en la nota de apostasía. Porque no hay que engañarse: ni el hijo de Moncada ni sus compañeros pudieran salir de los muros de Mirabete á no consentirlo fray Romeo Zaguardia, quien en ley de buena guerra y acaso en pro de la comunidad que mandaba, quizá debia conservar en rehenes aquellos jóvenes cuya compañía le aseguraba el apoyo de los infanzones aragoneses. Sin embargo, los Templarios antes que políticos, antes aun que prudentes, quisieron ser generosos, y las angustiadas familias recobraron sus hijos ya llorados, tal vez por muertos.

En cuanto á la conducta de los mancebos que en el momento mismo del peligro abandonaron la orden en que ingresaron cuando rica y poderosa podia ofrecerles seguro abrigo bajo su inmenso manto, no nos atrevemos en verdad á formular juicio. ¿Quién sabe las circunstancias personales de cada uno de ellos? ¿Quién los motivos que á cada cual impulsaron á tomar tal partido? Acaso los mismos acusados creyeron no sin lógica, aunque el resultado lo contradijo, que daban una inequívoca prueba de su inocencia desprendiéndose de los noveles caballeros y aconsejando á estos que se retirasen. Tal vez muchos de aquellos inexpertos jóvenes imaginaron que una vez libres y pudiendo hablar en público, en presencia del mismo rey de la inculpabilidad de sus hermanos, lograrían conjurar la tormenta. De todas maneras no hay que olvidar que juzgamos á hombres nacidos y educados á fines del siglo XIII y principios del XIV; que el jefe de la cruzada contra los Templarios era el Papa; que se les acusaba de heregia; y que al profesar (según los acusadores), y no antes, era cuando la orden iniciaba á sus afiliados en los nefandos misterios.

Basta lo dicho y forme cada cual el juicio que estime mas acertado.

Habíase hasta entonces negado el lugar teniente Zaguardia á tratar con ninguno de los mensajeros que don Jaime le enviaba, protestando no poder decir á nadie mas que al rey lo que declaraba tenia; mas en realidad, ya por suponer en él mejor voluntad que en ninguno de sus vasallos, ya porque no quisiera perder el tiempo en tratos y discusiones cuya inutilidad no podia ocultarsele. Pero don Jaime que deseaba terminar el negocio, sin duda para que cesaran de aguijonearle con molestas y repetidas cartas el Papa y el rey de Francia, facilitó las negociaciones enviando á Mirabete, al mismo tiempo que la orden para que de allí saliesen, el novicio Moncada y los demás que en su caso estaban un salvo conducto para que pudieran los sitiados enviarle persona que tratase sus intereses boca á boca. No nos ha sido posible averiguar si se aprovecharon los Templarios del salvo conducto: mas sea que no lo hiciesen ó sucediera lo que nos parece mas probable, á

saber, que no alcanzara el parlamentario á obtener partidos admisibles, ni el poder del monarca mismo á ofrecerlos, el hecho es que la negociacion, si la hubo, duró muy pocos dias. La prueba la tenemos en que á principios de noviembre creyó oportuno fray Romeo Zaguardia escribir á Arnaldo, Abad de Fuenfria y viceducado del Papa, una sentida carta sobre la posicion en que se hallaba. «Nueve meses, decia, llevamos sufriendo de asedio, mis hermanos y yo contra todo el poder del rey de Aragon; y resueltos estamos todos á no entregar este castillo que con tanta gloria y trabajo conquistaron de los moros nuestros antepasados.» La constancia en la adversidad y el valor heroico, no son, como se ve, virtudes que los aragoneses acreditaron por vez primera en la reciente guerra de la independencia. Concluye Zaguardia rogando al Abad se interese con el papa, á fin de que mande al rey alzar el cerco, y en cuanto á los delitos que nos achacan (prosigue) pronto estamos á purgarnos (PURGARE NOS) á justificarnos ya con las armas como leales soldados y católicos cristianos, ya en otra forma arreglada á canónicas y legítimas leyes ó de cualquiera otro modo en que su Santidad vea que puede hacerse.

Si el lugar-teniente escribió la citada carta imaginando cándidamente que de algo podia servirles ó solo para que no se dijese que despreciaba la autoridad pontificia; si fué aquel paso valor entendido, como vulgarmente se dice, con el mismo don Jaime, ó si por último se hizo aquella gestion para que nada quedase por hacer y de esa manera mas tranquila la conciencia, decidando otros; nosotros no sabemos hacerlo. Lo que sí afirmamos es, que á menos de ser mas inocente que un niño recién nacido, no podia Zaguardia, atendidos los antecedentes de que no es lícito suponerle ignorante, cuando escribió su carta, esperar de esta alivio alguno en la suerte de sus desdichados hermanos, así fué, que ni respuesta obtuvo: por lo menos no hay rastro de ella.

Pocos dias antes, y como estuviesen incomunicados los de Mirabete con los de Monzon, suplicaron á don Jaime, escribiéndole por medio de don Bernardo Cespujades, caudillo de las tropas que los asediaban, que se sirviera conceder salvo conducto á Frey Romero Zaguardia, para que pudiese ir al segundo citado fuerte con dos de sus hermanos, estar allí algun dia, y regresar despues á Mirabete.

Para responder á esa demanda comisionó el rey á Bernardo de Liria, Caballero de su servidumbre; y como los capítulos ó instrucciones que se dieron, son la mejor prueba de cuanto hemos dicho relativamente al proceder de don Jaime, en todo el proceso de su persecucion contra los Templarios, daremos cuenta de ellos con alguna extension.

Despues de recapitular la carta de Zaguardia, reducida á la súplica que hemos dicho, se manda á Liria recuere á los Templarios, haberles propuesto muchas veces Cespujades de orden del rey, compadecido de su estado y del peligro inminente que les amenazaba si así dejan pasar el tiempo, que abrieran las puertas del castillo, y rindieran sus personas, prometiéndoles que les oiria S. A. benignamente; extremos á que se negaron bajo pretexto de tener cosas que decir que solo al Rey podian confiarlas.

Dígame Bernardo de Liria, prosiguen las instrucciones, que si no son culpables (don Jaime no acierta á persuadirse de que lo sean), se les facilitarán todos los caminos, se les dará todo auxilio para que su proceso tenga buen éxito; como así ha procurado hacer muchas veces el Sr. Rey, según á los Templarios consta de los mensajes que el mismo Cespujades les ha transmitido.

Es imposible, en nuestro concepto, confesar mas paladinamente la inclinacion de don Jaime á los perseguidos caballeros, ni la repugnancia con que se prestaba á ser el instrumento de su ruina; mas por si alguna duda quedase, dicen los capítulos á continuacion del párrafo citado: «Especialmente les ha hecho (el Rey) enseñar original la carta del Papa, en la cual se requiere y amonesta al Señor Rey, para que se apodere de los bienes y personas de los Templarios.»

¿No es visible que don Jaime, conociendo la iniquidad de lo que hace, quiere disculparse con las órdenes del pontífice? Se nos figura ver al ejecutor de la justicia pidiendo perdón á la víctima que sus manos van á inmolarse en cumplimiento de lo sentenciado por los Tribunales. En este punto no dá lugar á interpretaciones el texto de la real provision: «El Rey, dice terminantemente, no puede menos de obedecer al Papa;» y esto se dice, no al comisionado, sino á los Templarios.

Prosigamos: «El Rey no puede menos de obedecer la orden del Papa, y de ella no puede apartarse en cuanto á dos extremos, á saber, en apoderarse de las personas y bienes de los Templarios.»

Bernardo de Liria queda encargado de conducir á



los caballeros con toda seguridad y decoro á presencia del Rey. «Quien teniendo presente que son sus vasallos (sos naturales) de los cuales desearia apartar todo mal y daño, los ayudará en lo que pueda y la justicia (honnestat) lo permita; de manera que ellos conocerán que le es favorable en el auxilio que les dará en cuanto alcance á hacer sin ofensa de la justicia.»

Niégame el permiso solicitado para comunicar con los sitiados de Monzon, alegando que estos deben seguir probablemente la suerte de sus hermanos de Mirabete, y que de obstinarse en lo contrario, lo harán á su cuenta y riesgo. Parécenos prudente esta medida, y al mismo tiempo indicio bastante: 1.º de que los Templarios se resistieron sin plan concertado; y 2.º de que D. Jaime comprendia cuán difícil fuera vencerlos si obraran de comun acuerdo.

Concluye el documento que hemos analizado con encargar á Liria que desengañe á los Templarios, haciéndoles entender que nada conseguirán del Rey sino empiezan por someterse; y que en caso de hacerlo así no les permita hablar con persona alguna como no sea en su presencia.

Castellote se habia rendido y los caballeros que dentro de aquel castillo se hallaban quedaron prisioneros; el Rey mandó en 13 de noviembre que no se les permitiera entrar en la iglesia cuando en ella se celebrasen los divinos oficios sino á otras horas. Bárbaro modo de proceder, imponiendo á católicos la privación del alimento espiritual, cuando aun no estaban juzgados sino pendientes del fallo del Tribunal. Cada paso en este proceso era una tiranía que horripila.

Volviendo á lo de Mirabete, el lugar-teniente en respuesta á la comision de Bernardo de Liria propuso la capitulación, que con las observaciones del Rey á cada uno de sus artículos, insertamos en extracto seguidamente.

Artículo 1.º—Que á los escuderos y vasallos de los Templarios que siguiendo á sus señores se hallan en los castillos, no se les siga perjuicio alguno en bienes ni persona por su fidelidad.—Concedido.

Artículo 2.º—Que Bort Zaguaria (hermano del lugar-teniente) y los demas, que por afición á los caballeros se hallan en los castillos, puedan retirarse libremente.—Concedido.

Artículo 3.º—Que el Rey auxilíe á los Templarios intercediendo con el Papa para que se les juzgue imparcialmente y sin crueldad en los procedimientos. Este punto (dice Don Jaime) es como todas las materias de fé espiritual; pero de todas maneras si el Rey colige de los informes que tome que los caballeros son inocentes, intercederá con el pontífice para que la inquisición se haga benigna y misericordiosamente.

Artículo 4.º—Se estipula que cada caballero ha de conservar un escudero, y el Rey se compromete á suministrarles con que mantenerse y vestirse decentemente.

Artículo 5.º—Que podrán los Templarios bajo la vigilancia de sus guardas, en número de dos ó tres reunidos, alejarse hasta trece tiros de ballesta del lugar de su arresto.—Concedido: pero no han de estar en ciudad ni pueblo grande, y en lugar muy señalado; que han de salir al paseo, primero unos y cuando estos vuelvan, otros, etc.

Artículo 6.º—Que se les permita recibir y usar libremente cualesquiera comestibles, paños para vestirse, calzado y ropa de cama.—Concedido.

Artículo 7.º—Que se les deje salir de los castillos con todo su equipo y armaduras.—Concedido: pero las armas se han de depositar en el encargado de su custodia.

Artículo 8.º—Que el Rey transmita al Papa, apoyándolo, un mensaje solicitando que se ponga pronto término á su proceso.—Concedido.

«Todas estas cosas (palabras del despacho) otorga el Señor Rey, bajo la condición de que á los cuatro dias de recibidas en Mirabete, se hayan entregado el castillo y los caballeros en sus manos, con arreglo á la provision del Papa.»

La fecha de este documento es de Calatayud á diez y seis de noviembre: catorce dias despues frey Romeo Zaguaria y todos sus compañeros escribieron al Papa, directamente, una carta recordando los servicios que habian prestado á la religion de Jesucristo, y protestando enérgicamente que eran inocentes de los delitos de que la calumnia los acusaba. «Los perversos, decían, no pudiendo probar sus acusaciones han acudido al tormento, arraucando, por su medio, de algunos religiosos, las palabras que les convenian....»

Solicitan que cese el cerco del castillo y que se les permita purgarse en los términos mismos que le ofrecian en su escrito al Rey don Jaime antes citado. Inútiles esfuerzos: á principios de diciembre tuvieron que rendirse por falta de vituallas, y á fines del próximo enero de 1309, solos el castillo de Monzon y el subalterno de Chalamera se resistian aun, sosteniéndose

hasta junio del mismo año, época en que de hecho dejó de existir la Orden del Temple en la Corona de Aragon. Su importancia y valía en ella puede colegirse fácilmente de que sin embargo de haber obrado sin plan ni concierto sus individuos para resistir á enemigos poderosos, costó año y medio el reducirlos á prision: hecho notable que nuestros historiadores no han apreciado en todo su valor.

Lo que ya nos queda que decir es harto triste. Desde el momento en que el poder de la orden desapareció, y antes, mucho antes de haber fallado su proceso, comenzó la lucha por sus despojos. Por un lado la Iglesia; por otro el Rey: aquella alegando órdenes del pontífice; este, los gastos hechos en el asedio de Monzon, Mirabete y los demas fuertes: por último, la orden de San Juan tomó posesion en 1317 de todo cuanto los Templarios tuvieron en aquella region de España.

En cuanto al proceso, es glorioso decirlo, no hubo en España el sangriento encarnizamiento que en Francia contra los acusados. Los Templarios aragoneses no menos injustamente perseguidos que sus hermanos de allende el Pirineo, lo fueron siquiera con menos atrocidad, y fuera de la matanza de 1307, que á la verdad es mas que dudosa, ninguna víctima subió al cadalso; y ni Barcelona, ni Zaragoza, ni Valencia, vieron el siniestro resplandor de la hoguera que consumió en Paris al ilustre y malaventurado Jacobo de Molai.

Los rigores de la prision no tuvieron lugar para los caballeros de los dominios de don Jaime, hasta el año de 1310. Entonces los inquisidores solicitaron que se les pusieran grillos y el rey tuvo la debilidad de consentirlo; mandó en 5 de junio, que así se hiciera con todos ellos el próximo dia de la Magdalena 22 del mismo. Dichosamente á poco se reunió el concilio provincial Tarracónense, y los eclesiásticos que lo componian, animados de un espíritu de caridad evangélica en primer lugar, y movidos por un sentimiento loable de justicia, solicitaron que pues no constaba con certidumbre de los delitos de los Templarios, ni se les habia juzgado, se les tuviera en custodia segura mas no penal. Estas ideas son hoy vulgares; en el siglo á que nos referimos un esfuerzo de civilización: y realmente consignamos el hecho con orgullo patriótico; como un timbre para la iglesia tarracónense, Don Jaime, á quien haciéndole justicia suponemos inclinado al parecer del Concilio, se apresuró á mandar en 10 de octubre lo contrario de lo que habia dispuesto en 3 de junio. Causa dolor ver al nieto del Conquistador, al jefe y soberano del indomable pueblo aragonés, ser en todo este asunto dócil instrumento de ajenas voluntades.

Eutretanto el arzobispo de Tarragona, el obispo de Valencia y otros comisionados al efecto por el papa, proseguian el proceso; pero con tan poco fruto para los que querian hallar culpables á los Templarios, que dada cuenta al pontífice, halló este que no quedaban convencidos de su crimen los acusados. Así lo dice terminantemente en carta escrita al rey desde Aviñon á 18 de marzo de 1311, añadiendo sin embargo que resultaba contra ellos vehemente sospecha; que por consiguiente habia mandado que se procediese á la cuestion de tormentos; y que se suplicaba á don Jaime protegiese y auxiliase su ejecucion.

Tanto pudieron las bárbaras costumbres del siglo con el sucesor de san Pedro, que dispuso acudir al tormento. ¡Al tormento el vicario de Jesucristo, de la victima inmaculada del Calvario, del que murió clamando misericordia para sus asesinos! ¡Tormento en nombre del Hijo divino de María!

Aun á vista de los mas irrecusables testimonios, parecen increíbles hechos tales.

A consecuencia sin duda de esta carta, escribió don Jaime otra al arzobispo de Tarragona en mayo de aquel año, quejándose de que la causa de los Templarios no se hubiera fallado definitivamente en el concilio provincial celebrado el año anterior, y excitándole á que se verificase en el próximo, como lo deseaban los procesados, poniéndole á él por mediador. Tal vez imaginaba piadoso el monarca, libertar así á los infelices caballeros de las angustias del potro: engañóse empero, pues los obispos de Vich y de Lérida, que en union con Fr. Pedro de Montulús y Fr. Juan Llotger, inquisidores, fueron diputados por el papa para la revision de la causa, constituyendo su tribunal en Lérida, reclamaron á los presuntos reos para someterlos á la prueba del tormento. Y en efecto, los caballeros á quienes ya en agosto de aquel año se habian vuelto á poner los grillos, fueron en virtud de real orden de 23 de setiembre trasladados al punto á donde sus jueces los llamaban. Don Jaime nombró al doctor Huberto de Cappout, juez de la curia, para asistir al juicio de los caballeros en calidad de comisario régio.

El verdugo hizo en Lérida su oficio, mutilando horriblemente los cuerpos; pero no alcanzó á manchar las honras de los proscritos: todos tuvieron fortaleza bastante para no rendirse á la intensidad del dolor, y la cuestion fué con ellos un crimen mas y un crimen inútil, hasta el punto de que sus jueces no fallaron la causa.

Por efecto del estado en que el suplicio del tormento tenia á muchos de los caballeros, quedaron sin él las órdenes de don Jaime, mandando se les trasladase á Tarragona para ser juzgados en el concilio provincial que allí se celebró en marzo de 1312. A 22 del mismo fué extinguida en el concilio general Vienense la orden de los Templarios, *non per modum definitivæ sententiæ sed per modum provisionis*. No era posible otra cosa en el punto á que el negocio habia llegado.

Sin embargo de todo, el concilio provincial Tarracónense sentenció el proceso, á 4 de noviembre de aquel mismo año, declarando inocentes á los Templarios. Estos, dispersos en distintas órdenes militares, acabaron oscuramente sus vidas.

¿Fueron culpables ó inocentes? Por inocentes de los delitos infames de que se les acusó los tenemos. Absueltos en Castilla en concilio celebrado en Salamanca, absueltos en Portugal y tambien en Maguncia, y tambien en la corona de Aragon como hemos visto; y no condenados en el concilio general de Viena que esquivó la dificultad suprimiendo la orden y escusándose de juzgar á los que la componian, ¿quién se atreverá á declararlos culpables?

Una relacion completa del proceso escrita con todos los datos, espacio y ciencia que á nosotros nos faltan, seria un documento curioso para la historia general del mundo y sobre todo para la particular de la Iglesia católica que debió á la orden del Temple muchos dias de gloria en los campos de Palestina y en otros muchos.

Contribuyeron poderosamente á la ruina de aquella, su propio engrandecimiento, la relajacion de la simplicidad y pobreza del primitivo instituto, del orgullo desmesurado de muchos de sus dignatarios, particularmente en Francia; y sobre todo el odio irreconciliable de Felipe el Hermoso: pero el Temple tenia elementos, tenia fuerza y vigor para resistir á los combates de extraños enemigos, y quizá para reorganizarse, estando el abaco de gran maestre en manos hábiles; á lo que no pudo resistir, á lo que en aquel siglo no resistia poder humano, fué á la influencia del romano Pontífice, y esa acabó para siempre con los Templarios.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

## COMISIONES

DE

MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS.

Si de archivo en archivo, ó de biblioteca en biblioteca vamos rebuscando todos los manuscritos y crónicas parciales, que corren esparcidos en nuestra Peninsula, ó yacen arrinconadas como ignorado tesoro, quizá tengamos razon para decir que está ya escrita la historia de España; pero si leemos las varias obras, que con este titulo han aparecido en distintas épocas, ya en nuestro país, ya en el extranjero, fácilmente echaremos de ver lunares de tal bulto y vacíos de tanta consideracion, que resueltamente diremos á despecho de cuanto nos exige nuestro amor propio y nuestro interés nacional «no está escrita la historia de España.»

La ciencia de la historia, ó mejor dicho, el considerar á la historia como ciencia, es un invento indudablemente moderno.—Siendo este importante y privilegiado ramo de la literatura el resultado general de análisis parciales, no ha existido ni podido existir en todo su complemento mas que cuando ha llegado el tiempo del análisis.—Ahora bien, este tiempo ha debido naturalmente tardar mas en llegar para nosotros, precisamente porque entre nosotros se han consumado mas lenta y trabajosamente que en otras naciones los fenómenos que analiza el presente tiempo.—Esto en cuanto á la historia antigua: en cuanto á la moderna, no hemos podido ser espectadores de un drama, donde todos, cual mas, cual menos, hemos tenido el deber ó la necesidad de ser actores; y no hemos podido juzgar por consiguiente la manera con que nos habemos portado en la escena.—La historia tiene de comun con la fantasmagoría, que es preciso estar á cierta distancia de los



objetos que la constituyen para verlos con claridad.—Para nosotros esta distancia es tan desmesurada algunas veces que no alcanzamos á distinguir bien las figuras; otras veces es tan próxima que casi nos rompemos la cabeza en la linterna.—Si alguna vez acertamos á colocarnos en el punto conveniente, es tal y tanta la multitud de paisajes y de figuras que pasan confundidas y con la rapidez del rayo ante nuestros ojos, que nos es imposible percibir con claridad su número ni sus caracteres.—Por allí el casco romano revuelto con el escudo cartaginés: mas acá la cruz con la media luna: mas acá todavía las lises de Francia con las rosas de Inglaterra.—Es un verdadero campo de Agramante, donde no hay idea que no venga á batirse con su contraria: principio que, no venga á disputar su dominio al opuesto, pasión que no acuda á levantar su enseña, solio que no se alce para dejar el puesto á otro solio.—Todos los combatientes se han llevado algún despojo: la arena sin embargo ha quedado con tantos, que para reconocerlos y clasificarlos con la debida distinción se necesitan en verdad espíritu muy tranquilo, juicio muy ilustrado y planta muy segura, es decir, se necesita lo que no poseemos nosotros y lo que solo pueden poseer, queriendo Dios, los sucesores de nuestros esfuerzos.—Hasta que estos lleguen, hasta que lleguen con bastante indulgencia para perdonar nuestros errores, con bastante virtud para agradecer nuestros ensayos, la historia completa de España no se escribirá, ó lo que para nosotros quiere decir lo mismo, la historia de la civilización española.

Sin embargo, dos deberes tenemos que cumplir y de los cuales nada hay que pueda dispensarnos: primero contar con fidelidad lo presente, y segundo, hacer algunas investigaciones concienzudas acerca de lo pasado.—Desgraciadamente lo primero nos parece tan difícil en los tiempos que corremos que si supiéramos donde vive el español capaz de hacerlo, iríamos á retratarlo para representarlo en dos estatuas, una destinada á la galería de los héroes, y otra al altar de los santos; lo segundo es posible, es fácil, y sobre todo es necesario.

Háse visto despertarse una marcada tendencia en nuestra naciente moderna literatura hacia los estudios históricos, debida en parte á las cuestiones contemporáneas políticas, que irremediablemente han sido motivo á evocar todas las tradiciones de la antigüedad, y á examinar todas las instituciones que han pasado, para saber cuáles merecían y cuáles no el título de caducas é inaplicables.—La literatura siguiendo esta impulsión natural de los espíritus producida por la política, se apoderó á su vez de la historia, como un fecundo elemento que reunía la novedad á la oportunidad de su elección. Así es que en el teatro, en el periódico, en el poema, en la novela, y por consiguiente hasta en el gabinete del pintor y el estatuario, se han visto resucitados una porción de nombres propios, há poco encerrados en la biblioteca de los eruditos, y otra porción de hechos mas ó menos remotos, pero siempre lo bastante apartados de nuestros días para servir de rica mina á la imaginación del poeta y de curioso objeto á las investigaciones del anticuario. Había llegado, pues, el tiempo de tomar en cuenta estos ensayos aislados é incompletos para darles la unidad y dirección, sin las que llegarían á ser enteramente inútiles al progreso literario de nuestra época y nuestro país.—Pero no era fácil saber dónde había de fijarse este centro de unidad y dirección, porque si bien es cierto que parecía corresponder de derecho á la Academia de la Historia, no es menos cierto que de hecho esta corporación respetable y verdaderamente fecunda en los primeros tiempos de su existencia, había llegado por una porción de causas inevitables á un período de prematura decrepitud, que la condenaba á una inacción forzosa.—Había por consiguiente necesidad de crear algo nuevo, que siendo un depósito de lo antiguo, se emplease en conservar lo puramente monumental que iba pereciendo á manos del tiempo y de la revolución, al paso que en regenerar lo que mal conocido ó desconocido absolutamente debe entrar en el dominio de un nuevo análisis para deducir consecuencias importantes y para adquirir riquezas de gran precio.—Este ha sido sin duda el pensamiento del gobier-

no al erigir las corporaciones, que forman el objeto del presente artículo.

La supresión de los conventos de la Península puso en manos del Estado esa inmensa riqueza acumulada en los edificios y bibliotecas del clero regular, que dueño, poco tiempo hace, del saber y de la voluntad de los pasados siglos, es reconocido como el protector y depositario de los monumentos artísticos, á la par que como creador y custodio de los monumentos históricos.—Abandonados los unos y los otros á las inevitables consecuencias de la codicia, la incuria ó el vandalismo, han sufrido pérdidas muy lamentables en verdad, pero no tan absolutamente irreparables, que con un poco de energía, con mucho celo y con mayor probidad no sea fácil recoger gran porción de objetos artísticos y literarios, que sean en cada provincia la base de un museo y biblioteca, que progresivamente pueden irse aumentando á la sombra de la paz y de la ilustración consiguiente.

Guiada por estos principios la Comisión central de esta corte, pensó desde el momento de su instalación en encargar á los jefes políticos la creación de comisiones en sus provincias respectivas, con-



Ambrosio Morales.

cando para formarlas bajo su presidencia á aquellas personas que por su profesión ó gusto y capacidad prestasen sus conocimientos respectivos en artes y ciencias para clasificar de una manera conveniente y solicitar por conducto de la central al gobierno la conservación de aquellos edificios, que por su importancia histórica ó por su valor artístico mereciesen exceptuarse de la enajenación común de los bienes nacionales.—Encargóse también á estas comisiones el recogido de todos los libros, pinturas y esculturas pertenecientes á los monasterios suprimidos, á fin de erigir respectivamente con estos objetos un museo y una biblioteca, eligiendo para su colocación alguno de los edificios mas notables de cada capital, proveyendo por tan saludable medio á la conservación mas digna y segura tanto de los suntuosos monumentos arquitectónicos, que abundan en nuestra Península, como de los objetos artísticos ó científicos que han de colocarse en su seno.

Preciso es decir en justo obsequio de estas comisiones que han desempeñado su encargo con tal celo, desinterés y tino, que en el instante de escribir el presente artículo podemos asegurar se hallan establecidos en un gran número de provincias museos y bibliotecas mas ó menos ricos, mas ó menos preciosos, pero todos útiles para el servicio del público, y todos recibiendo diarios aumentos con el constante producto de nuevas investigaciones.—Las provincias donde no ha podido aun obtenerse tan pronto y satisfactorio resultado, cuentan con activas é ilustradas Comisiones, que se ocupan con afán en recoger, inventariar y clasificar los objetos, que han podido salvarse de rapaces administradores ó de estúpida soldadesca.

Así es que se encuentran ya en seguro multitud de obras, que no por ser rancias en su mayor parte

dejan de ser importantes, especialmente á la historia de la filosofía, y cuyo precio irá, sin duda, aumentando á medida que los estudios graves y las investigaciones profundas vayan echando bastante raíz en nuestras afecciones literarias para que busquemos con empeño y leamos con ansia esas informes producciones de los pasados tiempos, donde al través del molesto farrago contenido en colosales *in folium* se adivina el curso progresivo del espíritu filosófico y se adquieren documentos necesarios á la ilustración de la historia.—Muchos de nuestros lectores saben que en la vida de un santo ó en la narración de unas fiestas, que llenan á fuerza de citas inoportunas y de sentencias indigestas un librazo enorme, se encuentra no pocas veces el fiel bosquejo de una época célebre y quizás la historia completa de un reinado entero.

Al mismo tiempo que estos libros, se ha puesto á recaudo una inmensa colección de lienzos pertenecientes á los insignes pintores de las diversas escuelas extranjeras y nacionales de los siglos XV, XVI y XVII, donde por una feliz y necesaria combinación de la ciencia y del arte venia Buonarroti á materializar las concepciones del Dante; Murillo á trazar formas tan dulces como los versos de Garcilaso; y en que Velazquez, en fin, mientras tan gallardamente retrataba los degenerados españoles de su tiempo, hacia revivir bajo su mano la sombra colosal de los españoles de Carlos V.—Muchos de estos cuadros, que debieran estar en los museos, han sido objeto de un odioso lucro, y para desdoro de nuestra pretendida nacionalidad figuran en las galerías extranjeras; pero este mal es ya irremediable: demos gracias á las Comisiones, que han venido á impedir su continuación.

Pero no es puramente conservadora la misión de estas, sino que se hallan tambien obligadas á ocuparse incesantemente en descubrimientos de cosas ya completamente nuevas por yacer absolutamente ignoradas, ya con relación al descuido é imperfección con que han sido analizadas hasta el presente.—Para cumplir uno y otro objeto ha circulado la Comisión central á las de provincia un detallado interrogatorio á fin de que estas lo extiendan á los pueblos de su distrito respectivo, y en el que por medio de preguntas meditadas con madurez y explicadas con la posible claridad se pidan á los alcaldes y párrocos todas las noticias útiles respecto á los monumentos romanos, góticos, árabes ó del renacimiento, como tambien respecto á las excavaciones, ó sitios memorables por cualquier concepto, que existan en su jurisdicción ó aparezcan en adelante.

Necesario era en verdad comenzar estas indagaciones en un país depositario de los ricos y variados tesoros, que han ido dejando en nuestro suelo cuatro épocas distintas, que representan otras tantas civilizaciones, y que tan fecundo y gustoso entretenimiento ofrecen al afán investigador del arqueólogo, á la avara fantasía del poeta y á las filosóficas deducciones del historiador.—Necesario era, repetimos, emprender con fe y empeño entre nosotros esta especie de trabajos, no solo para llenar un deber, que está cumpliendo ó ha cumplido ya toda la Europa culta, sino para satisfacer una necesidad y un deber á la vez pura y exclusivamente nuestro, porque á nosotros exclusivamente lo han confiado las generaciones pasadas y de nosotros solos espera su cumplimiento la generación presente.—Ya conocerá el lector que hablamos de los monumentos árabes, porque son una propiedad verdaderamente nacional.—De Roma, de sus ciencias, sus artes, y hasta de sus mas minuciosas costumbres se nos figura que sabe ya la Europa todo lo que puede saber, pues que este ha sido su trabajo constante hace ya tres siglos. Lo mismo decimos de la edad media, que heredera universal del imperio de Constantino extendió su nueva civilización por cuanto este comprendía, y cuyas huellas son por consiguiente las mismas en toda la Europa con escasas modificaciones.—Pero la dominación árabe en nuestro continente comenzó en el Estrecho y solo llegó, bien trabajosamente por cierto, al Pirineo: en este espacio vivió setecientos años, imponiéndole la ley de su adelantada civilización, mientras él rechazaba el yugo de su cetro.—Cuando los conquistadores africanos huyeron para siempre vencidos á sus arenas, dejaron sus monu-



mentos en nuestra tierra, y en nuestras venas su sangre.—Hagamos entender á la Europa, que nada nos ha quedado ya de la segunda, manifestándole una vez que queremos estudiar y sabemos comprender los primeros. Si la Europa literaria exige y espera esto con razón de nosotros, por honor de nuestro nombre, y por interés, digámoslo así, de familia, debemos comenzar á pensar una vez en cumplir las esperanzas de la Europa.—Cosa rara ha sido por cierto que cuando tanto yelmo y tanta cruz nos ha traído el ya vencido romanticismo, queriendo hacernos pasar por cosa nueva su favorito y casi único objeto, apenas hayan pensado nuestros literatos en añadir á aquel cuadro algunos turbantes y medias lunas, renunciando así á la gloria de crear un género nuevo, precisamente cuando esta gloria ha sido mas fácil, y cuando tan á las manos se les venia.

Afortunadamente ya va dando sus resultados el pensamiento de la Comision central.—Son ya frecuentes las noticias que recibe de varios descubrimientos hechos en diversos puntos de la Península comenzados ó continuados por las Comisiones provinciales, como por ejemplo; el de un precioso mosaico romano en Lugo, varias piedras con inscripciones y otros fragmentos en Castellon de la Plana, en Moron, en Cuenca tambien romanos, un sepulcro y varias armas de piedra, que se cree ser Celtas, en Alava, y un templo casi completo de Priapo en el término de la misma provincia, y últimamente una tinaja árabe en Córdoba de una solidez y belleza extraordinarias.

Esta última ciudad favorita otro tiempo de las musas, y cuna dorada de varones insignes, acaba de exhumar los restos del célebre Ambrosio de Morales, y los ha trasladado á la colegiata de San Hipólito con toda la religiosa pompa que se merece la solemnidad del acto y la gloria de su venerable objeto.

En los edificios ruinosos ó enajenados á particulares, así como en otros que deban serlo en adelante, existen sepulcros notables no tanto por la magnificencia de su fábrica como por los augustos personajes que encierran.—La Comision central tiene entre otros proyectos el de aprovechar estos ricos elementos para erigir un panteon nacional, que siendo un sagrado depósito de restos venerables, sea á la vez una galería de escultura.—Este patriótico pensamiento, como otros muchos no menos estimables, que alimenta la Comision, exigen gastos considerables que probablemente no podria sufragar el tesoro del Estado; pero tal desinterés, y mejor dicho, tan generoso desprendimiento hay ya que agradecer á las comisiones provinciales, que justa y fundadamente debe esperarse toda especie de sacrificios para realizar no solo este proyecto, sino otros aun mas costosos.—Por fortuna el Gobierno, que con tan previsora mano ha echado los cimientos de grandes empresas futuras, asignará en breve un presupuesto sino bastante, el posible al menos segun sus atenciones para cubrir los gastos que reclamen las comisiones con mas urgencia. Los individuos que componen la central, son por otra parte sobrado amantes de las glorias españolas y bastante ilustrados tambien para dejar de contribuir en cuanto alcancen sus fuerzas á realizar proyectos, que ni los arredran por su magnitud, ni los contienen por sus obstáculos.—La literatura española y el patrimonio de la nacion tienen ya mucho que agradecerles.

G. TEJADO.

#### EL ALCAIDE DE ANTEQUERA.

ROMANCE HISTORICO.

Sale entre rojos matices  
dando alegría á los campos,  
el alba vertiendo perlas  
por los valles y collados.

Gozosas trinan las aves  
su venida celebrando,  
y las leves alas baten  
irguiendo el cuello pintado.

Las flores abren el cáliz  
suavemente perfumado  
el ambiente que acaricia

sus humedecidos tallos.

Mientras de la luna el disco

á lo lejos ocultando

váse de la oscura noche

entre los pliegues del manto.

Al tiempo en que de Antequera

sale el alcaide esforzado,

por el bridon y la lanza

mullido lecho dejando,

Y por la espada y rodela

de la casta esposa al lado;

que mas pueden con el noble

que los gustos, los cuidados.

Solicito la frontera

recorre puesta á su cargo,

temiendo alguna algarada

de los moros comarcanos.

Por entre el ramaje espeso

de un olivar dilatado,

cuyo fruto verdeante

el sol dora con sus rayos,

Descubre de trecho en trecho

el galopar de un caballo,

cuyo ginete va envuelto

en un rico albornoz blanco.

Requiere al punto la lanza,

hiere al bridon los costados,

y se abalanza en pos dél,

deseoso de alcanzarlo.

El moro que siente á poco

vienen siguiendo sus pasos,

vuelve animoso las bridas,

y corre á su encuentro ufano.

Con las viseras caladas,

las lanzas en ristre ambos,

se embisten sin hablar nada

con furor reconcentrado.

Los hierros saltan al aire

hechos menudos pedazos,

cual si dos ásperas rocas

con furia hubieran chocado.

Pero el corcel del alarbe

ó mas débil, ó cansado,

cedió al encuentro terrible

del corcel del castellano.

Y vino al suelo trayendo

á su señor mal parado,

sin que pudiera valerse

porque cayera debajo.

—

Gozoso vuelve á su casa

el alcaide denodado,

llevando consigo al moro

que cautivó guerreando.

Hondos suspiros del seno,

aunque procura ocultarlos,

al infelice cautivo

se escapan de cuando en cuando.

Con tiento vuelve los ojos

su vencedor á mirarlo,

y en su rostro varonil

vé de lágrimas el rastro.

Admirase de que lllore

quien demostró peleando,

tanto esfuerzo y arrogancia,

tal destreza y valor tanto.

Y con corteses razones

procuraba consolarlo,

á que agradecido el moro

le contesta cabizbajo.

«Eres, alcaide, valiente

tan discreto como bravo,

con tu esfuerzo y tus palabras

me has al doble cautivado.»

«Yo mi cuita te contará

si supiera que has amado,

que no puede comprenderla

quien tenga el pecho de mármol.»

—«Habla, moro, y no te turbe

aquese recelo vano,

pues te juro por Dios vivo,

que á mi castellana amo.»

«Tanto como amo á mi patria,

y es mi pecho relicario,

donde á su imágen que adoró  
rendido culto consagro.»

—«Has de saber es mi padre

de Ronda alcaide, y me llamo

Gazul Zegri, de nobleza

conocida y rico estado.»

«Por mi mal, ó por mi bien

una belleza idolatro,

cuyos padres pertenecen

al Abencerraje bando.»

«Hallanse cual todos ellos

de Granada desterrados;

(si con justicia no sé,

que no quise averiguarlo).»

«Háme avisado Zelima,

que así se llama mi encanto,

que su padre con un deudo

el casarla ha concertado.»

«Y que mañana la pierdo

si en el día no la saco

del castillo donde se halla,

y en secreto nos casamos.»

«Mira si con justa causa

me quejo, noble cristiano,

pues hoy pierdo cuanto puede

en el mundo serme grato.»

Calló el moro, y de sus ojos

empieza á correr el llanto;

que en vano reprimir quiere

de verterlo avergonzado.

Enternecido el alcaide,

hace en el momento alto

queriendo cesen las penas

del leal enamorado.

—«Si tan bien como tú amas

te aman, ó Zegri gallardo,

dice, dichosa pareja

harás con tu bien amado.»

«Desde aquí puedes volverte,

que no es justo sea mi esclavo;

quien de amor el hierro lleva

tan fuertemente grabado.»

«No quiero por tu rescate

ni presentes, ni regalos;

de oro y telas exquisitas,

ni diamantes codiciados.»

«Solo pido que te acuerdes

cuando Zelima en sus brazos

te estreche y tu frente selle

con sus amorosos labios,

«De Rodrigo de Narvaez

tu amigo, aunque tu contrario.»

Veloz descabalgó el moro,

y por el suelo postrado,

—«Noble capitán, le dice,

Alá te guardé mil años,

para que estieras tu fama

con hechos tan señalados.»

Y besándole los pies,

aunque procura estorbarlo

cortesmente don Rodrigo,

alegres se separaron.

C. R. DE ABELLANO.





# Revista de la Quincena.

Al paso que toman incremento las desavenencias religiosas en Suiza, y protestantes y católicos aprestan sus armas para la próxima reunión de la Dieta, el resto de la política extranjera no ofrece gran interés. La introducción de los jesuitas en el cantón de Lucerna ha puesto en alarma al gobierno de Berna, que ha tomado grandes disposiciones para sofocar el alzamiento de la pequeña ciudad de Willisau. De Lisboa anuncian que muy en breve se presentará en las Cámaras un proyecto de reforma á la ley electoral de 1842. No se sabe á punto fijo las bases de ese proyecto, pero se asegura que los empleados públicos estarán excluidos de votar, y que se establecerán penas contra los mismos si influyen en las elecciones; castigando á los militares, que de cualquier manera abusen de la fuerza, para violentar la manifestación espontánea del país. Si así fuese, confesaríamos que los portugueses saben dar á cada cual el lugar que le corresponde. El poder civil disponiendo, y el militar ejecutando.

Los padres de nuestra Patria, y por mejor decir nuestros abuelos, no han hecho cosa de particular, desde que acabaron con la Constitución (reforma de) y dieron autorización al gobierno para plantear la administración general del país. Dos días de descanso y dos de examen de actas siguieron á las cuestiones anteriores, y ahora, el congreso de Diputados se ocupa de la cuestión de culto y clero, estando dividida la opinión de los Sres. de la comisión. El Sr. Peña Aguayo ha presentado un voto particular, reducido á proponer una contribución local, para que cada provincia sostenga el culto y clero con medios propios. Los Sres. Pacheco y Llorente están conformes en parte con lo propuesto por el gobierno; pero no quieren que el clero administre los caudales que se le señalan para su manutención. Asunto será este de difícil resolución para el Congreso, y sobre él habrá grandes debates; veremos lo que da de sí el tiempo, y quiera el cielo que los representantes del país no lo malgasten, como ha sucedido ya en más de una legislatura. En el número inmediato podremos decir cómo ha recibido el Senado el dictamen de la comisión de reforma constitucional, que no creemos sea desfavorable al Gobierno; aunque hemos oído á personas bien informadas, que los Sres. Falces y Vallgornera propondrán un voto particular, autorizando á la corona para declarar hereditaria la dignidad de Senador en ciertas familias.

Sofocados los amagos de rebelión que se sintieron en Alava y Aragon, sibien para ello se ha derramado nuevamente sangre española, S. M. ha labrado la felicidad de varias familias, ejerciendo una de las mejores prerogativas de la corona. Estando en capilla para ser pasados por las armas, el coronel Renjifo, el cirujano Arilla y el capitán Garcia, se arrojó á los pies de S. M. el anciano padre del segundo, pidiendo el perdón de su hijo, en una corta pero sentida súplica. La joven reina se enterneció con aquella dolorosa demanda, y cediendo á los nobles sentimientos de su tierno corazón, pronunció esas palabras de piedad que tanto honran á los reyes, y tantas simpatías les dan con sus pueblos: *Yo los perdono*. La prensa periódica á instancia del Sr. Sartorius, director del *Heraldo* y diputado á cortes, elevó también una exposición con el mismo objeto; y el Sr. Donoso Cortés fué el encargado de ponerlas en las reales manos de la augusta Isabel. Nos complacemos en hacer esta mención honorífica de dichos señores, que han sabido conocer en esta ocasión el giro que deben llevar los delitos políticos en una nación trabajada por los partidos de una manera desconsoladora. La clemencia en los primeros años de un reinado es el mejor sosten del trono. Pero la felicidad absoluta es un sueño en este mundo de miserias y aflicciones; mientras el trono labra en Madrid la felicidad de tres familias perdonando la vida á los jefes de ellas, pasan de quince ya los infelices paisanos que en los valles de Hecho y Ansó han mezclado su sangre con la de los hijos de Zurbano y de mas fusilados de Logroño. Y no es esto lo peor, sino que segun escriben de Huesca, hay muchos mas destinados á sufrir la misma pena. Nosotros no podemos prejuzgar cuestiones de esa especie; pero la opinión pública señala á los reos como victimas de las mas seductoras estratagemas. Haga el cielo que la clemencia de la joven reina salve á los reos del alto Aragon, y que la sangre vertida, sea la última que se derrame por delitos políticos.

La afluencia de forasteros, especialmente de la clase agrícola, es extraordinaria estos dias en la corte, á causa de las próximas fiestas de Navidad. La Plaza ma-

yor se ve invadida, como todos los años, por multitud de vendedores, que aprestan sus mercancías para satisfacer los deseos gastronómicos de la temporada. Los confiteros han tomado por asalto el *Diario de avisos*; la aduana de Madrid está estos dias mas animada y concurrida que la Bolsa de Londres; las gentes todas no se dan mano á recibir y á regalar; las viudas y los cesantes, van y vienen de continuo al ministerio, tras de la inveterada paga de Noche-buena; los libreros improvisan calendarios á destajo, y el mazapan de Toledo viene ganando horas, tras de juzgados y gobiernos políticos. El imperio del aguinaldo es corto, pero omnipotente.

Los teatros en general no se han hecho muy acreedores en esta quincena á que les destinemos muchas líneas en este artículo; pero ha habido en uno de ellos un acontecimiento de tal bulto, que valdria bien la pena de esperar un año para ver otro por el estilo. Y aquí parece escusado decir que nos referimos á la primera salida del tenor Moriani en el teatro de la Cruz; pero tenemos una deuda pendiente con nuestros lectores, y preferimos salir de ella en paz, antes de dar nuestro voto sobre la nueva compañía de ópera. El beneficio del señor Luna, con la *Infanta Galiana*, drama del señor Rubí, y *Aviso á las Coquetas*, comedia del señor Breton, han sido declarados prófugos ó desertores de la quincena anterior, y vamos á residenciarlos aquí, en cuatro palabras. Empezando por condenar á la última pena, con arreglo á los *fiscalitos* modernos, á don Juan Perez Calvo, que las dejó escapar de su pluma en el número anterior. Y no será malo que aquí (entre paréntesis) sepa el público que ese apreciable joven, no escribe como de costumbre esta quincena, por hallarse empeñado en una cuestión, que sucintamente referimos despues á causa de un artículo publicado en otro periódico, sobre uno de los puntos que abraza esta revista.

La *Infanta Galiana*, en cuyo argumento no podemos detenernos, es un drama de un género casi nuevo puede decirse, por servirle de asunto un episodio histórico fabuloso en su mayor parte; pero que el Sr. Rubí ha sabido vestir, con mucho carácter y con fluida y armoniosa versificación, creando personajes de sumo interés, como el de Bradamante, y el de Leonor. El *aviso á las coquetas*, es una de las piezas mas lindas que enriquecen el inmenso repertorio de su autor; la facilidad del diálogo, y la donosura del chiste, divirtieron mucho al público; cualidad muy importante en esa clase de comedias. En cuanto al argumento, tiene el suficiente para una pieza de un solo acto; pero no ofrece gran novedad á los que conocen otras comedias del señor Breton, cuyos títulos no indicamos por su demasiada popularidad. Esto, lejos de ser un cargo, es un tributo de admiración que rendimos al fecundo poeta, que sabe presentar los vicios de la sociedad de diferentes modos, y siempre se hace escuchar con gusto y aplaudir con entusiasmo. El desempeño por parte de los actores, tuvo de todo en ambas piezas; distinguiéndose en el drama y en la comedia la inimitable Matilde. Los señores Luna, Romea, Lopez y Sobrado, estuvieron muy acertados en los diferentes papeles que tenían á su cargo; y si bien es cierto que pocos eran los actores que sabían su papel en la comedia (circunstancia indispensable en piezas de diálogo vivo), el éxito fué afortunado. S. M. y A. honraron con su presencia la función, y la concurrencia fué numerosa y lucida.

Mucho se ha hablado ya de la primera y segunda representación de la *Lucrecia*, por la nueva compañía de ópera; pero esto no nos releva de dar nuestro voto sobre los artistas que la han cantado; y aunque al espíritu de nuestro periódico y á nuestra opinión particular, convendría que la señora Emilia Tossi no estuviese indisputada y la ópera se hubiera repetido dos veces mas al menos, fuerza nos es decir algo acerca de un acontecimiento artístico, que ha puesto en conmoción al mundo filarmónico de esta M. H. villa.

Anuncióse la llegada á esta corte del Sr. Moriani y con ella se refirió en los círculos filarmónicos la brillante hoja de servicios artísticos de dicho tenor, lo cual bastó para que los billetes del teatro anduviesen por las nubes. Encaramóse el público en los andamios de su deseo (y esto se va poniendo Gongorino) para alcanzar las entradas, y hasta que se llenó el teatro de bote en bote, y aun dos horas despues daban algunos un ojo de la cara por encontrar billetes, y ni aun quedándose ciegos, lograron asiento muchos. Alzóse la cortina, salió Moriani, y el público no tuvo en cuenta la hoja de servicios, ni se acordó entonces de que era español, y como

tal galante y cumplido. Pues para nosotros, y sea dicho de paso, el saludar la aparición de un artista, no prejuzga fallo alguno, y es de interés comun para el público y para el saludado. Si este *simil* fuera mas exacto, no titubearíamos en decir, que el público saludando á un artista es el juez que dispuesto á fallar con imparcialidad en una causa alienta al defensor con su amabilidad y su tolerancia. Pero Moriani tenía en sus propias fuerzas una recomendación superior á cuanto se habia dicho en su abono, y con su hermosa voz y sus delicadas maneras conquistó los aplausos del público que interrumpia frecuentemente al artista con palabras de aprobación y gritos de entusiasmo. La voz de Moriani es una voz clara, sonora y argentina; su método de canto es particular y nuevo, pero dulce. El canto de Moriani tiene una melodía seductora y grata; cual nos representamos acá en la tierra la armonía de los coros angélicos. No tememos confesarlo; Moriani como actor y como cantante nos ha resuelto el problema de que la música tiene el poder de representar los afectos y las pasiones, con tanta fuerza como el verso. El final de esta ópera, escrito espresamente para ese tenor, no se comprende sin verlo; seria inútil que quisiéramos describir las agonías de Genaro, cuando se acerca el último instante de su vida, y las ansias del mismo cuando el veneno va devorando la economía animal. Preciso es oírle decir *Madre mia*, mezclando la voz de pecho con la de cabeza, para comprender el acento y el estertor del moribundo. *Per morire Moriani*, dicen los italianos, y á fe que tienen razón.

La señora Tossi se presentó con algun miedo la primera noche á causa de su indisposición y esto nos impide juzgarla de una vez; ó sin apelación, que dijeran en el foro. No podemos menos, sin embargo, de elogiar las grandes dotes que tiene como actriz, su mucho conocimiento del teatro y sobre todo de la música. Su voz no nos pareció de gran estension; pero como esta falta puede ser absoluta, ó hija del estado de su salud, reservamos nuestro juicio para cuando la oigamos de nuevo. Basta por ahora decir que sabe lo que canta, como pocas tiple y que logró hacerse aplaudir particularmente al lado del coloso con quien cantaba. En la escena final de la ópera, rivaliza dignamente con Moriani, y la angustia de Lucrecia, desencajada y aturdida, conmueve tanto, como la agonía de Genaro.

El Sr. Oller cantó bien su parte de Duque de Ferrara, y únicamente le recomendamos, que cuando mueva los brazos lo haga con mas espresión y menos monotonía. Sabemos que nuestro compatriota el Sr. Oller cantaba por primera vez en el teatro, y no nos causan extrañeza esos defectos; pero creemos un deber indicarlos, apremiándole para la enmienda.

La señorita de Bernardi, conocida ya del público de Madrid y á quien daríamos gustosos carta de naturaleza, siquiera por el tiempo que lleva en España, estuvo felicísima, luciendo la voz clara y pastosa que trajo de Italia hace tres años, y de la cual hace hoy día lo que quiere y algo mas. El Sr. Salas se habia encargado de un papel inferior á sus muchas y buenas dotes, por contribuir al buen éxito de la ópera; y lo hizo de tal modo que mas de una vez lo vimos salir entre los coros, para dirigirlos y robustecerlos.

Esta es nuestra opinión sobre la ópera, y esta ha sido en general la de cuantos han asistido á sus representaciones. Vamos ahora á referir sucintamente, y con la mayor delicadeza posible (cosa difícil en estos casos) un lancecillo de crónica picaresca que ha sucedido de resultados de no haber dicho todos los *críticos* lo que sentían respecto á Moriani y la Tossi. Y cuidado Sres. que yo tengo razon y media para incomodarme con los tales *críticos*, (y vuelva Vd. á subrayar, señor cajista.) Por carambola, y gracias á la fatal delicadeza de el Sr. Perez Calvo, que como dije á Vds. antes no ha querido escribir esta quincena, he tenido yo que cargar con el mochuelo. Pues han de saber Vds. (y aviso á los entes susceptibles por si alguna vez se pican con el *Laberinto*) que de cuanto se escribe en este periódico yo soy el editor responsable: Esto es (clarito): si el autor de un artículo firmado no dice el porqué, de lo que ha escrito, lo digo yo; y despues de mi humilde persona, ni el propietario del periódico, ni nadie tiene que ver en el asunto. Estamos, Sres. *críticos*? Pues vamos al caso:

Y fué que la ópera se acabó á las once y media de la noche, y al dia siguiente á las siete de la mañana se repartían el *Heraldo* y el *Globo*, en los cuales se leían dos parralitos, que andando el tiempo han llegado á



soplarse (ellos entre ellos) el respetable nombre de juicios CRÍTICOS. (Y ahora ponga Vd. letra gorda, señor cajista). Decían en ambos que Moriani, estaba en su período de decadencia; (apostaría yo que los críticos creyeron que se moría de veras en el teatro). Los dos estaban escritos para lo mismo; y si el uno hacía reír el otro no hacía llorar. A todo esto, la ópera se cantaba segunda vez, y las gentes andaban buscando empeños para conseguir billetes, que ya no había. Repitióse la *Lucrecia*, y la *Revista de Teatros*, que por pensar con sensatez, no pensaba como los susodichos críticos; les dijo que era mala fé hablar así de un artista como Moriani. Pero la ligereza de mis señores críticos, produjo otras y otras, hasta que por fin el señor Perez Calvo «por su cuenta y riesgo» contó una cosa que tenía escandalizados á cuantos la habían sabido. Y era que el señor Moriani, y la señora Tossi, habían recibido los citados periódicos, bajo un sobre grotesco, con encargo especial de leer los párrafos de los críticos, en los cuales se los insultaba sin ton ni son, y así como á destajo y en comision. El señor Perez Calvo, con mas corazon que experiencia de mundo, creyó que por su cuenta y riesgo, podría decir ciertas cosas, que á deberse decir de algun modo, así y solo así debe ser. De ese artículo resultaron comprometidas varias personas, y una de ellas, respetable por varios títulos, fué la única que se dió por entendida.

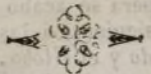


Napoleon Moriani.

Las demas hablaron de clase y de importancia social y de rebaja, y de lustre, y charolaron la cosa de un modo mas estraviado del buen camino, que los juicios críticos sobre Moriani. Eso de las clases es una cosa tan ridícula en este bendito país, en donde cada *quidam* (y subrayo) anida en la que le acomoda, que yo no lo entiendo. Había en Madrid (y vaya un cuento á lo *filosofo rancio*) un marqués improvisado, que cuando no estaba su ama antigua y esposa moderna en casa, se salía á jugar con sus ex-compañeros de librea al *mus*. Succedió una vez estar echando una revancha, al venir del teatro la marquesa, y el juego, que iba siendo desfavorable al marqués, se quedó empezado. Pusieronse á cenar los señores y el lacayo le decía al marqués.—Mire usá que quiero seguir el juego —Calla, bruto, no ves que mi posición no es igual á la tuya?—Y logo por qué saliste á la antesala, sino eras igual á mí? Mientras ganabas, allí te estabas, ahora que pudiste perder te echas á correr.

Y aquí acaba la quincena, porque ya era hora, rogando á cuantas personas tuviesen queja alguna vez de mis inofensivos artículos, que no me contesten lo del ex-lacayo, ó no se vengan á encontrar conmigo en mi camino. Si los pájaros no descendieran nunca de las *altas regiones*, para coger granos de trigo no caerían en la red del cazador. Vuelvo á repetir, aunque parezca pesado, que yo no daré nunca al impresor de *El Laberinto*, mas cuidados de los muchos que él tiene sobresi; y si alguno le viene á decir,—padre, que me toca Roque, yo le haré responder: — Si te toca que te toque.

ANTONIO FLORES.



# ANUNCIOS.

## ESCENAS MATRITENSES

EL CURIOSO PARLANTE.

TERCERA EDICION.

Cuatro tomos en 8.ª marquilla.

En esta obra, cuya popularidad ha alcanzado á la tercera edicion, se propuso el autor describir la vida, el carácter y la índole de la sociedad matritense; y bajo este aspecto es la única obra original de su clase en la época actual. Los cuadros dramáticos en ella bosquejados, abrazan todas las clases de nuestro pueblo, trazan los diversos caracteres, y combinan las varias situaciones de su vida privada. La época en



que han sido escritos, la mas fecunda para nosotros en variaciones y trastornos, comprende lo suficiente del antiguo aspecto de nuestra sociedad, para contrastar y hacer sensible la fisonomía de la actual. Desde la primera escena escrita en 1832, hasta la última publicada en 1842, puede ver el lector nacer y desenvolverse las nuevas creencias, las distintas inclinaciones, necesidades y caprichos sociales; y en los cuadros á que dan lugar, en las formas y en el estilo propio de cada uno, advertirá tambien el grado de observacion y de estudio que en ellos puso el autor, á medida que crecían las dimensiones y la importancia de su tarea. Los elogios que ha merecido de la prensa nacional y extranjera, y el favor que la ha dispensado la opinion, son pruebas suficientes de que hay verdad en la descripcion, originalidad en la forma y halago en el estilo.

Consta de cuatro tomos en 8.ª marquilla de impresion, y adornados con multitud de láminas que representan las escenas principales y el retrato del autor. Véndese en la librería de D. Ignacio Boix, cuyo editor dispone una edicion de lujo ilustrada.

## LOS MISTERIOS DE LONDRES

FOR SIR FRANCIS TROLLOPP,

TRADUCIDOS POR F. G. Y M. F.

Esta preciosa novela se publica en Málaga, en la imprenta de Martinez de Aguilar, calle del Marques. Se vende en Madrid, en la librería de don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8, en donde se encuentran ya los tomos primero y segundo, al precio de 14 rs. cada uno en rústica.

### ADVERTENCIA.

Para evitar los retrasos que puedan sufrir los artículos, remitidos, ó reclamaciones que pudieran dirigirse al LABERINTO, se advierte al público que la única persona autorizada para ventilar todos los negocios

literarios y artísticos que ocurran sobre el mismo es don Antonio Flores, Director y Editor del LABERINTO.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS

DE D. IGNACIO BOIX,  
Calle de Carretas, núm. 8.